

PSIQUIS Y POLIS

(Año 2012)

Por: Joel Otero Alvarez

RESUMEN

Este escrito redondea apuntes dispersos de un diario que recoge ideas surgidas en un viaje al Viejo Continente, el cual fuera realizado en el año 2006. El autor de estas líneas visitó entonces a Francia y a Grecia (por lo demás, es esa la razón del tono auto-alusivo que progresivamente se impone allí).

Dos ilustraciones vendrán a concretar el juego de intercambio entre tres conceptos (la singularidad, lo creador¹, el plus): la reflexión sobre la Acrópolis de Atenas, atada a su vez al tema de la Catedral de Estrasburgo).²

En un segundo apartado se reasume la reflexión sobre el vínculo, a partir de un debate con la propuesta freudiana a propósito de las pulsiones.

Se retoma el tema del virus, el doble, el virus-doble y el doble-virus, entendidos como esquinas de la cuadratura -que colectiva e internamente deciden la reclusión-³ y que fuera ofertada en un escrito previo a título de nueva propuesta estética y clínica (a cambio de la tradicional versión psico-patológica y del denominado por Freud, "malestar en la cultura").⁴

La auto-exploración clínico-estética remata esta reflexión que aspira así a redondearse por la ruta del referente socrático.

¹ Lo creador entendido por lo demás como efecto desde las caóticas resultantes en lo social: la destrucción -por decirlo así- crea, y no solo en cuanto destrucción, de hecho como terrorismo, desde que se sabe que no consiste todo apenas en la dilución o suplantación de las formas, se trata de la incorporación demolidora de las fuerzas desmedidas (terrorismo creador).

² Desarrollos posteriores (pues este escrito se da en sucesivas oleadas) incluyen por necesidad conceptos anexos desprendidos de allí de modo inevitable (terrorismo, Fuerza, Forma, etc.) y otros que se impondrá incluir ya que su involucencia resulta definitoria (dígase, lo máquico y/o la reclusión).

³ Reclusión en el sentido de una envolvente e irremontable dominación social: no se puede ser por fuera de ese registro (por supuesto, el concepto abarca mucho más de cuanto esta específica modalidad decide).

⁴ Cf. Otero, J. "Lo máquico, o de lo psíquico como artefacto". Biblioteca Digital U. Nal. Bogotá. Más adelante se ensayaran sucesivos despliegues al respecto.

INTRODUCCIÓN

UNO. El título de este escrito podría generar malos entendidos. Juntar sin más, “Psique” y “Polis” resulta ser en realidad tan abarcante que más parecería digno de un libro que de unos apuntes desprevenidos y dispersos (por lo menos parciales, y por principio insuficientes).⁵

Pero tampoco resulta necesariamente incorrecto apelar así a estas líneas si se piensa en que se trata de modo principal de un empeño de ejercitamiento transdisciplinar antes que de un esfuerzo decidido prioritariamente por la envolvencia de los contenidos (y obligado por ello a coberturas predeterminadas, regidas por demarcaciones tradicionales y rígidas).

No siempre hace daño poner a reñir un título con su contenido si se sabe que de tal modo se deja abierta la opción de posteriores desarrollos.

Permitirle al futuro un lugar es algo que por lo general las costumbres disciplinares y académicas repugnan y censuran.

Pero si no se trata de generar certeza recurriendo a redondeamientos siempre garantizados, la idea de hacer de la escritura verdadera aventura puede empezar a encontrar progresiva justificación.

DOS. Más bien invitación a despliegues que empiezan a liberarse de marcas convencionales entonces, la razón de ser de la especificidad de este trabajo obedece al accidental reencuentro de materiales escritos años atrás y que se retoman por ello luego de sostenidos desarrollos teóricos (los cuales por necesidad los reinterpretan y reactualizan).⁶

No se trata pues -como sin duda sugiere el título elegido- de una doble cobertura temática dentro de una antigua y envolvente tradición de pensamiento. Antes bien, consiste todo en hallar entre esas dos nociones contundentes (Psiquis y Polis) intersticios imprevistos que dejen opción al suplemento de una mirada sin ambiciones ni pretensiones diferentes a escuetas claves subjetivas, cuya razón de ser parece más bien ligada a una particular urgencia de recuperación de una concreta labor, desde que un viaje a tierras inexploradas y distantes impone al hacer escritural que por sólo ello se modifique y obligue a reconocimientos inesperados (los cuales sin embargo por

⁵ En efecto, decir “Psiquis” o “Polis” no coincide necesariamente aquí con cuanto de modo espontáneo se puede pensar o creer, por ejemplo si se lee el escrito de Jaeger (Cf. Jaeger, W. “Paideia: los ideales de la cultura griega”. F. C. E., Ed. México, 1983); no sólo se apropia de todo cuanto se ha reflexionado previamente sobre el alma y a propósito de la Ciudad, de hecho -a medida que los conceptos se reúnan y combinen de nuevo- tendrán que modificarse en sí mismos y en referencia con sus ensambles y contraposiciones, dueños de una creciente e intransferible especificidad.

⁶ Textos que habían sido olvidados en antiguos disquetes y que reaparecieron debido a específicas demandas a partir de quienes deseaban conocer asuntos parciales de esta propuesta, en cuanto aludieran apenas al tema del arte, sin entrar en especializados abordajes directamente clínicos. Y si bien ello no terminó en tal sentido decidiendo, lo cierto es que empezó siendo así.

una ruta imprevista recuperan un hilo de continuidad, hasta entonces oculto y por cierto no menos renovado).

TRES. La sólo idea de un *hacer* -que se altera en realidad en referencia con el ejercicio de la escritura- torna aún más sorprendente cuando se reconoce que al decir *hacer un viaje*, antes que aludir a una concreta actividad, a una práctica expresa con decisivas e intencionadas alteraciones exteriores, da paso a modificaciones internas y a marcas que califican al sujeto que se ha venido siendo, más bien en la medida en que éste se viera obligado abruptamente a interrumpir el habitual despliegue de su accionar.

Por lo demás, se trata de los efectos de una experiencia que tampoco se resigna a las implicaciones que decide y comporta el retorno a casa, y que impone necesarias retomas de las nociones que hasta antes de viajar regían la reflexión y decidían el curso de las ideas y los temas, que comportaban otros ritmos, y que ordenaban las argumentaciones de manera específica (y de algún modo sobre-determinada).

A lo cual se suma -ahora que se trata de nuevo de esta particular escritura- que la forma de reacomodarse a los asuntos invierte el orden cronológico de la mencionada interrupción.

CUATRO. El hincapié transdisciplinar que privilegia en esta reflexión el énfasis en lo estético obliga no únicamente a colocar el acento en la especificidad de las nociones incluidas, tanto más primordialmente se trata del sentido que emerge de sus entrecruzamientos, antes de creerles apenas modalidades de un decir siempre intercambiables y sustituibles (forma como habitualmente se las piensa).

En efecto, continuamente se vienen utilizando nociones donde se consolidan entronques sorprendentes a los cuales obliga la ubicación de problemáticas, no siempre suficientemente reflexionadas.

Incluso si no se recurre a registros aún más basales, ese empeño resulta infructuoso. Es el caso de la inclusión de las más extremas abstracciones estéticas de la Fuerza y de la Forma, que van delatando metamórficas presencias e inagotables intercambios y fusiones, contraposiciones y tajantes enfrentamientos entre conceptos que se les suman y que son sucesivas encarnaciones suyas.

Nada impide sin embargo que en la misma medida en que el resto de nociones aquí abordadas se consolidan y perpetúan vayan delatando y afirmando sus condiciones más específicas e intransferibles.

CINCO. Como fuere -y buscando abreviar un recorrido de otro modo seguramente interminable, reduciendo las cosas al escueto asunto de este escrito- deberá reconocerse, que dada la apretada sucesión conceptual (y asumiendo que el lector no ha adelantado necesariamente el recorrido previo que llevara a tales aisladas explicitaciones nocionales) se impone esta reubicación teórica que reúne las nociones aludidas -por lo demás de manera parcial- de un modo que pretende ser apenas más integrado y coherente.

En efecto, los conceptos en mención se han vuelto a incluir en apretado ensamble y -dada tal resultante- son por ello re-decididos de una forma diferente. O sea que no sólo se autonomizan y permanecen de modo

independiente si no que se metamorfosean en las combinatorias que se les impone al entrecruzarse con otras, sin perder por ello su condición más basal y propia.

Y habrá de ser por todo esto que no resulte entonces imposible aislar las nociones en mención, intentando reconocerles en un registro que delate de modo progresivo mayores especificidades aún. Si bien no sólo se sostienen las primeras definiciones de manera inalterable, éstas resultan reforzadas y desarrolladas desde el alterno y progresivo despliegue de la propuesta vista en su conjunto.

Primeras reubicaciones conceptuales

Terrorismo creador

UNO. Quizá la más tajante de estas retomas alude a la tendencial manera de pensar las cosas desde el abordaje cognoscitivo que decide a la Ciencia y a la Filosofía como columnas inamovibles e indiscutidas (a las cuales se suman otras modalidades acaso no tan sólidas pero no menos infaltables: Arte, Religión, Ética, Política, Moral, etc.).

El registro de lo universal, aunque usado de modo indiscriminado de un lado y otro, pareciera menos problemático de cuanto acaece cuando se reconoce que la abstracción filosófica y la generalización científica se las debe reapuntalar en referencia con obligados polos de complemento, sin embargo no siempre reconocidos ni explicitados (respectivamente, lo concreto y lo particular).

Visto todo así, es como se impone distinguir una tercera franja -no por nombrada al final menos determinante- que se decide como específico y diferenciado enlace entre universalidad y singularidad.

Pues bien, desde algún tiempo atrás, ese último registro (universalidad-singularidad) que daba implícito soporte al resto de despliegues teóricos, tanto filosóficos como científicos y, por supuesto, artísticos -para no hacer mención del resto de variantes- delata taponamientos progresivos e irremontables.

DOS. Por todo ello -y dadas las graves modalidades de lo contemporáneo, enlazadas estrechamente a esa circunstancia- se impone ahora (supliéndola, y haciendo contravía a la pareja que por consenso y sin mayor debate armaban la singularidad y lo universal) una oposición bizarra que pasa a decidir las cosas a partir de una nueva y sintomática dupla nocional.

En efecto, de forma inesperada e imprevista se consolida y aísla la singularidad propiamente dicha en ensamble con el registro de lo singular (además de gratuito no menos arbitrario e imprevisto).

Sobreviene en cambio, no sólo la emergencia imprevista de tal desarticulante modalidad: ella misma se ofrece en relación de contraste y antagonismo (a diferencia de cuanto se espera acontezca con tales polaridades, asumidas por tradición como abierta y reconocidamente complementarias).

TRES. Por todo ello y en primer lugar, las nociones compuestas del terrorismo y de lo creador, asumidos en sólida y determinante fusión, transgreden las habituales opciones de combinatorias y complementos conceptuales, y demarcan a partir de allí la renovada ruta que se impone recorrer en la medida en que los caminos convencionales pierden vigencia.

Lo creador desde entonces, al ser reformulado y reajustado al predominio de la desmesura y la demolición terroristas, abandona los territorios apacibles y personalizados, que por inveterada convención le fueran asignados desde siempre.

El taponamiento de las claves de novedad que se imponía a la armónica reproducción de lo humano desde las definitorias adiciones de lo social y de lo urbano (claves inicialmente reconocidas en la inclusión que se impone a los despliegues del colectivo cuando se abandona la ruta de lo natural) dan paso ahora al reconocimiento del nuevo modelo, envolvente y reclusivo, uniformante y reiterativo.

Se generan efectos inesperados -mórbidos de manera inevitable- donde los asuntos delatan un decisivo estancamiento en la reposición de las resultantes, no apenas ajenas a todo refinamiento cualitativo, de hecho sumisas frente a reinterpretaciones bizarras e inocultables dominaciones.

Sólo por la ruta del estallido renovante se accede a reales modalidades, de alguna manera des-recluyentes.

Y ello, no sólo califica registros donde habitualmente se reconociera el ejercitamiento del terror, el tema resulta tan definitorio y envolvente que califica la totalidad de los asuntos (lo teórico por ende no hace excepción).

Terrorismo creador y plus

UNO. Lo creador (tradicionalmente asimilado con los productos del genio) termina ahora -como ya fuera recalcado- reunido (sintomáticamente si se quiere) con lo terrorista.

En efecto, la idea de un terrorismo creador que remonte la reclusión en la que caen las resultantes (urgidas de repetición desde que las claves de unidad presupuestas no dejan opción real para el discurrir renovado del modelo) pasa a recoger la desarticulación de lo nuevo, siempre indispensable para el despliegue de las resultantes.

Pero debe sumarse que no es el terrorismo creador la opción única y acogida por todos. Inversamente a ello, el formato que se deriva así obedece a claves de excepción que le imponen siempre como oferta transgresora e inadmisibile.

Como fuese, a ese avance -un paso más allá- es a cuanto de modo grueso y redondo se apela el *plus*.

DOS. El plus puede darse sin embargo en múltiples registros no necesariamente tan envolventes y determinantes, y su sintomática negación en el emerger paradójico y constante de resultantes siempre renovadas ha de condicionar los interferidos enlaces suyos con la singularidad (en tanto coartada).

Por sí solo, el adecuado ejercitamiento de la singularidad debiera presuponer la presencia decisiva del plus. En cambio, una tendencia creciente a uniformar allí donde se hace evasiva la unificación de las resultantes de conjunto parece suplir al plus, desviarlo por rutas ajenas e inesperadas, dejando la impresión de un futuro imprevisible desde el desborde incontrolable de fuerzas, en déficit frente a su “sublimación” (del lado de indispensables formalizaciones).

Y es que las fuerzas, que deciden desde afuera o, que aún si se les reconoce a nivel interno, de todos modos tienden a estallar los registros formales y en cualquier caso a derivar por caminos de amenazante desborde.

Por lo demás (como ello no resulta ser por necesidad sostenido y constante) puede ser que el armado de conjunto -en cualquier forma descontrolado y arbitrario- cuando simule coherencia y ordenamiento resulte apenas congelado en recorridos reiterados, de hecho sintomáticos, reclusivos.

La singularidad y lo singular

UNO. La singularidad viene dada en cada emergencia posible o pensable. Tradicionalmente se le reconoce desde el lugar común que la decide en términos de “lo único e irrepetible”, aunque con ello se olvida una característica suya aún más decisiva: la condición siempre enigmática que la liga a procedencias y a ensambles ubicuos que obstruyen de entrada su implementación al tiempo que la ofrecen como inmediata y redonda desde el ejercicio de su indomesticable autonomía.

Lo singular -por contraste- es eso que explota en la medida en que la singularidad se margina y excluye.

Este retorcido destino emerge en referencia con las urgencias reproductivas de las matrices de lo social y de lo urbano, las cuales recubren cuanto diera inauguralmente a lo humano su inserción en el orden de lo natural (de hecho lo humano aún se sigue decidiendo a partir de la marca de la Naturaleza, así fuera de manera parcial francamente restringido y sometido, en mas de una ocasión en clara contravía).

Una vez se re-ata la singularidad a semejante explosivo destino, la nueva demarcación del asunto comporta el reconocimiento de tres niveles diferenciales: 1) la singularidad propiamente dicha, 2) la singularidad contenida, acumulada, y 3) lo singular (desde donde la singularidad retenida irrumpe estallando y/o implosionando).

DOS. Debe recordarse que la singularidad y lo singular no son especificidades de lo humano, que si bien participa de ellos -en tanto se juega siempre desde alternativas más basales- delata raigambres que le trascienden y sobre-determinan.

En efecto, es a nivel de la emergencia de las resultantes, cualesquiera ellas fuesen, que la singularidad y lo singular ilustran su piso más cierto y preciso.

La singularidad por sobre todo, es del registro de lo modal y evidencia el enigma que lleva desde las matrices envolventes hasta las emergencias individualizadas donde ellas encarnan.

El estallido de las formas -empecinadas en lo imposible desde que buscan justificarse de manera autónoma en el mero despliegue de la existencia más inmediata- que consolida a lo singular, califica a las resultantes y abarca órdenes necesariamente más vastos, razón por la cual el empeño demolidor de lo singular, cuando se conjuga como modalidad de lo terrorista no consigue la radicalidad destructiva que se impone y termina paradójicamente dando paso a renovaciones formales, tan imprevistas como diversas.

Ello, que en principio pareciera generar una suerte de optimismo tardío -en tanto se mutara el signo negativo del ejercitamiento terrorista del lado de inesperadas consecuencias en apariencia benéficas- puede ser, con mayor frecuencia, la clave que exacerba el despliegue del tono terrorista (el cual progresa sin detención a medida que el terrorismo mismo implementa sus actos explosivos y/o implosivos).

TRES. Por sobre todo deberá recuperarse la realidad que emerge desde la Forma y la Fuerza, en tanto claves que apuntalan el peso decisivo de la contraposición entre la singularidad y lo singular.

Sin ese empeño -que da a lo estético prelación interpretativa- no sería tan contundente la realidad que decide a la singularidad en referencia con lo formal y a lo singular como clave de Fuerza.

En efecto, el paso desde la singularidad hasta lo singular -y que lo apunta como decisiva clave estetizante- resulta ser tanto más decisivo cuando se le refiere a, y asimila con, la contraposición entre Forma y Fuerza, así no se resuelva -por ello sólo- la enigmática condición del recorrido que lleva de una a otro. Por el contrario, si se sabe que en el fondo se trata del mismo asunto, el entronque entre la singularidad y lo singular duplicará la condición de su arbitraria⁷ dominancia, tanto más contundente y decisiva.

La singularidad formal se transforma en fuerza a la vista de todos y desde allí las fuerzas vuelven a rearmar formalizaciones sólo porque la singularidad es capaz de mutarse hasta la más extrema otrificación.

Es claro que lo particular y lo concreto carecen de esa habilidad y resignan por ello las opciones que desde la prelación estética les decide por ende como modalidades apenas derivadas de allí, inevitablemente deficitarias y segundas.

El vínculo

UNO. El vínculo es todo cuanto -sin ser necesariamente reconocible como sujeto- decide sujeción en cualquier nivel donde se dieran resultantes (no necesariamente humanas entonces, aunque siempre leídas desde allí).

De donde deberá concluirse que ha de ser al sujeto al cual se le asuma como modalidad de vínculo y no a la inversa.

⁷ Enigma y caos al tiempo -y por ello arbitraria mutación que lleva desde la singularidad hasta lo singular y viceversa- la singularidad, reconocida en efecto como armonía en la unidad resultante, deriva del lado de la desmesura explosionante y/o implosiva. También allí, el paso de la Forma hasta la Fuerza (o a la inversa) resulta inexplicable, por sobre todo indescifrable.

El vínculo decide la unificación entre las partes que constituyen un todo, cualquiera éste fuere.

O sea que presupone una unidad más amplia que decide y demarca, que no puede ser ajena sin embargo del vínculo (reconocido entonces como constancia decisiva de su permanencia).

Pero, en la oferta que suma la aspiración de involucencia estética (la cual fuera apelada Clínica de lo Social y que años atrás diera nombre a su vez a esta reflexión)⁸ al vínculo se le asume como polaridad -que antes de limitarse a reponer lo mismo- se contrapone abiertamente al registro de lo relacional (puede llegar a suplantarlo incluso y siempre lo predetermina).

DOS. Siendo frecuente confundirles al superponerles, cuando se reconoce al vínculo en ejercicio independiente y autónomo lo más seguro es que se expliciten sus registros más salvajes e irreductibles.

En tal sentido -por ejemplo- se ubica el análisis de las drogadicciones como reforzamiento adicional del vínculo -con las drogas- en la medida en que se debilitan las ofertas que desde lo social aspiran al despliegue de lo relacional y lo inter-relacional.

O sea, que resta además incluir el des-vínculo pues con ello se nombra todo desprendimiento (así fuera a nivel de entronques escuetamente relacionales y/o inter-relacionales).

TRES. El vínculo es fuerza invisible que arma enlace entre las resultantes formalizadas y de aspiración autonómica, lazo que reata lo modal al conjunto y que parece apuntalar -sin debate- las enigmáticas encarnaciones de matrices más vastas y envolventes, el vínculo ascenderá por esa ruta hasta las intangibles territorialidades donde se justifica y apuntala el sujeto.

En el entroncamiento de las partes (cualesquiera ellas fuesen) al todo, se delata la condición prioritaria del vínculo, sin el cual lo relacional se disgregaría de modo inevitable.

Además, es por ello también que los empeños descifrativos más ingenuos y desprevenidos se desdibujan y torna imprecisa y oscura la real procedencia de semejantes despliegues estéticos donde a nivel de las resultantes, de hecho lo individual se re-ata con lo colectivo de una forma tanto más evasiva e intangible.

El virus, el doble, el virus-doble, y el doble-virus

UNO. Sin ser (reunidos estas solas nociones que este título nombra) la alternativa renovada que permita empezar a reubicar las cosas en referencia con lo mórbido (no sólo mental) se ofrece así un modelo que busca servir de alternativa en la lectura de las problemáticas contemporáneas.

Tradicionalmente y de común acuerdo, es bien sabido que sin mayor debate las estructuras psico-patógenas resultaron ubicadas (por la Psiquiatría, las

⁸ Si bien Freud enlaza vínculo y relación en su escrito "Psicología de masas y análisis del yo", no establece contraposición visible entre una y otra noción.

Clínicas Psicológicas, y el Psicoanálisis) como relativamente idénticas. Y, dado que lo normal⁹ no fue con ello cuestionado ni incluido allí básicamente, se asumieron como decisivas, neurosis, perversiones, y psicosis (con lo cual no hubo necesario acuerdo en relación con otras derivaciones inevitables, desde que a su vez se hizo caso omiso de realidades -a menudo sumadas tardíamente sin que se ajustasen de modo necesario al mapa de conjunto que arma lo psicopatógeno-, de todas formas contundentes: organicidades, fenómenos linderales, sociopatías, etc.).

Como fuere, ofertando un modelo diagnóstico renovado, ajustado a los despliegues desbordantes (y a las inocultables consecuencias suyas) de la marca tecnológico-terrorista que viene afectando de modo progresivo e irreversible a las consolidaciones humanas, surge esta otra oferta de lectura que incluye francas revisiones de los modelos más basales (siendo además lo psíquico entendido allí como del orden de lo máquico).¹⁰

DOS. Debe decirse, que más allá de esas delimitaciones basales (virus y dobles, virus-dobles y dobles-virus) caben otras derivaciones y combinatorias que nombran asuntos aún más ubicuos y vastos: el virus desdoblado -virus del virus- y el globalizado doble impedido)¹¹

El virus -en su específica acepción mental- se asume como registro que invade y decide lo humano, desde que se lo reconoce como obra-en-la-Obra (siendo en tal sentido lo psíquico el más refinado e intangible artefacto tecnológico).

Tal cual lo terrorista se adhiere al despliegue de lo tecnológico y se refuerza a partir de allí sumando a sus propias implicaciones la condición parasitaria que desdibuja las aspiraciones más entrañables de eso tecnológico (incluso reafirmación entusiasta de ideas de progreso, de libertad, etc.) y que de su parte aspira a darse como nuevo registro de ejercitamiento del plus, también el

⁹ Más allá de la evidente connotación de encierro, he aquí otra dimensión de la reclusión. Reclusión desde y en lo normal, frente a la represión de las neurosis, la renegación de las perversiones, la forclusión de las psicosis, efecto inapelable del generalizado mecanismo defensivo (lo doble-forclusivo).

¹⁰ Lo máquico es un neologismo que reconoce como empeño sintomático -en cierta forma caricaturesco- la parcial (y solo por desmesurada) reposición de “lo báquico”, heredado de lo griego antiguo. Sólo que más bien, a título de generalizado desborde instrumental y consumista, y haciendo caso omiso de la alteración del disfrute y del goce que en los más distantes niveles inaugurales llevara incorporado el modelo dionisiaco.

De hecho, lo máquico resulta ser tan abarcante, que se resuelve apenas inicialmente en referencia con esta histórica distinción.

Fuese como fuere, se entiende el alma como consolidación máquica en cuanto resulta siendo aparato refinado, intangible y excelso, el cual decide la impostación de lo tecnológico-terrorista sobre lo humano, desdibujado y marginado por ello. Se redefinen así (si es que no se lo hiciera desde siempre) las claves de animación de las resultantes, primeramente determinadas por las matrices de lo humano, lo social y lo urbano, y que el modelo masivo y envolvente de la antigua Polis y de la Ciudad contemporánea aglutinan. Ellas, reunidas, contrapuestas o fusionadas, unidas y/o separadas -sin embargo subtendidas por un hilo que sólo el paso sin interrupción de los tiempos justifica- delatan y soportan la reposición de inagotables emergencias, las cuales desde siempre rigen la reproducción del formato de conjunto.

¹¹ Cf. Otero, J. (Op. Cit.). Dicho muy rápidamente, el virus desdoblado (virus del virus) repone en su conjunto la envolvente, parasitaria marca del capitalismo, mientras que el globalizado doble impedido delata la imposibilidad para retratarse, para auto-capturarse desde una imagen unificada -cualquiera ella fuese- que decide al modelo de conjunto.

virus mental pasa a ser decisivo en la localización de cuanto Freud apelara “el malestar” y que, más allá de lo reconocido como del registro de las enfermedades mentales, reconoce a lo patógeno como modalidad suya.

TRES. De su parte (a partir de localizaciones de lo especular, las cuales inauguralmente precisara Lacan) el doble es la clave virtual que re-significa a las alternativas de duplicación y de repetición que masivamente aspiran a uniformar los modelos de modo sintomático.

El espejo es oferta tecnológica ya -de hecho en cuanto tal no reconocida por Lacan- que delata hasta dónde lo psíquico es producto máquico: fusión de lo humano con lo tecnológico (retrato único para la especificidad que decide a cada quien como ente humano capaz de auto-captación).

En fin: reconocimiento de lo psíquico como modalidad urbana y que -en ese empeño de *mirarse*, el cual surge del impedimento para efectivamente *verse* de manera directa y completa- pasa a ser decisivo de lo humano, con igual o mayor incidencia de cuanto desde siempre se impusiera a partir de la contundente realidad que es lo biológico.¹²

Por supuesto, el espejo -desde entonces por ello y a pesar de parecer apenas recurso reiterativo- apuntalado a partir de allí pasa a trascender la especificidad de su registro y a servir de puntal para lo especular, a ser mucho más que el mero aparato y a cumplir funciones que no se resignan a consolidar escuetas copias literales.

Y es que lo virtual decide lo especular, y no a la inversa (como a menudo obligan a creer las Clínicas Psicológicas).

CUATRO. De otra parte, el entronque entre el virus y el doble -según prime uno u otro polo- da paso a las modalidades del virus-doble y del doble-virus.

El primero (virus-doble) decide las resultantes en cuanto reponen lo afectivo a la sombra de lo terrorista (poderes de facto, moralidades compensatorias, agonías, masificaciones, juegos desbordantes de la creencia, consumismos de todo orden) mientras que el segundo (doble-virus) responde por claves estéticas, sepultadas a partir de la imposición tajante de la persona que el modelo social comporta y decide, soporta e impone, en el empeño de dar paso a despliegues propios de su reproducción: la teoría de los personajes (sociales y mentales) que parte de allí da lugar a la renovación de reflexiones decisivas, en particular en relación con los sueños y más generalmente con lo imaginario.¹³

CINCO. A estas alturas ¿qué se puede decir de ese título (“Psiquis y Polis”), que hasta ahora resulta más bien en deuda desde que subtiende sin férrea demostración de necesaria presencia allí?

¹² Convendría reconocer cuánto, entre líneas, se viene adeudando al tema del fetichismo desarrollado por Marx en “El capital”, y que ameritaría todo una reflexión a propósito de una versión estética de lo político (sobre lo cual previamente se adelantaran ya algunos primeros apuntes).

Aquí concretamente, el espejo muestra cómo el aparato anima a cuanto, desde la sola materialidad humana, no conseguiría redefinirse y sostenerse a partir de allí en una forma inusitada de despliegue.

¹³ Cf. *Ibid.*

No sólo Psiquis y Polis se reúnen casi de forma simultánea a partir de esos orígenes distantes donde ambos tornan definitivos, precisamente en cuanto coincidencia histórica que les hermana y que parece decidirse -más bien en negativo- desde que el desplome del modelo politeísta y de la versión mítica que se le asociara de modo estrecho, dieran paso a directas asunciones humanas de cuanto fuera égida directa de los dioses.

Asunto grave, de consecuencias inocultables y decisivas, tanto la Polis como la Psique, en continuo intercambio y contraste han venido desplegándose a partir de entonces y de modo sostenido.

Y no cabe decirse que Polis y Psiquis permanecieran idénticas. Por el contrario, mutan de continuo y se retroalimentan sin detención posible ni pensable, al punto que ha de ser por esa ruta que lo psíquico remata en lo máquico,¹⁴ y la Polis, trastocada en ciudad-Ciudad, decide a lo psíquico como obra suya (modalidades de lo urbano).

Es sobre el ensamble rotante y metamórfico de base de ambas nociones (Polis y Psiquis) donde reposan las variantes y los entrecruzamientos del resto de conceptos (terrorismo creador, plus, singularidad, lo singular, etc.), derivados de todo ello y aquí de algún modo desentrañados (así pudieran parecer distantes y ajenos entre sí, reunidos apenas de forma laxa y en apariencia acomodaticia).

PRIMERA PARTE

*Los griegos, muy afectuosos. Buenos comerciantes.
Se diría que los antiguos filósofos y artistas
florecieron excepcionalmente, como yerbas raras,
mientras se mantuvo esa constante decisiva: el comercio.*

(“Diario personal”)

Modelo nocional integrador

UNO. Como ya fuera recalado, en estos escritos reiteradamente se han usado conceptos complementarios sin integrarlos de modo suficiente.

Es el caso de las tres nociones anunciadas de entrada aquí.

¹⁴ ¿Por qué -cabe insistir en ello- lo máquico y no lo maquínico, o cosa semejante? Cuanto se podría denominar lo maquínico sería modalidad de lo máquico más vasto. Lo máquico cobijaría modalidades como el alma, de una finura e intangibilidad paradigmáticas, mientras que lo maquínico nombraría en el otro polo asuntos más empíricos y mecánicos. Lo maquínico ni siquiera sería adecuada ilustración de la dependencia, del completamiento directo desde la Obra: si bien cubriría la ilustración extrema de esto que se pudiera apelar lo parapléjico, carecería de amplitud suficiente para incluir cuestiones más sinuosas (por decir algo, las modalidades de lo adictivo).

El plus es -por supuesto- la novedad en el producto cualquiera este fuere, pero en el nivel más exigente y decisivo se da por sobre todo como derivación desde el hacer que permite la emergencia de la forma pendiente, en cuanto renovadora y armonizante en el despliegue del armado de conjunto.

Lo creador -así sume o comporte también la condición de novedad- se distingue de ello en la medida en que alude de modo prioritario a la resultante desde el hacer (individual y/o de conjunto).

En principio lo creador califica la acción, el actor y el producto generado desde allí, el cual -desde la Obra- se decide así.

O sea que lo creador termina siendo decidido en referencia con la Obra, que le termina devorando, reinterpretando.

La singularidad -dada de entrada- redondea las emergencias formales, en y desde una unicidad intransferible y armónica, por fuera de toda abstracción y generalización de suplemento.

La singularidad viene dada, y no la decide por tanto ningún hacer (más fácilmente todo hacer la desdibuja y somete)¹⁵.

DOS. Debe decirse que la singularidad se desdobra en singularidad que pasa sin más a la Obra, y singularidad que de todos modos queda afuera, en el individuo que la porta (no siempre expresa, lo más frecuente es que sea constreñida por los registros de realidad que lo social comporta).

En cuanto eso que no pasa a la Obra¹⁶, que resta por fuera o que se desdobra metamorfoseándose de modo radical, enriquecido, extrañado, y sin continuidad visible (más bien, en enlace enigmático, incapturable, con la totalidad) la singularidad se acumula sin lograr uniformarse y asimilarse a esas modalidades otras (las cuales caen en cambio del lado de ese hueco sin fondo que todo lo engulle a título de Obra).

Excluida de allí, como única posibilidad de re-apuntalamiento, la singularidad es condenada al estallido desde lo singular.

Como fuere, de modo contrapuesto y predominante, el modelo de conjunto (el cual no podría darse de no ser por esta sostenida expropiación) se alimenta de continuo de esas fuentes múltiples de gratuita singularidad.

Eso condenado a estallar que consolida el registro de lo singular se apuntalará entre la singularidad contenida y lo creador (entonces bloqueado y/o desplazado).¹⁷

¹⁵ Salvo que se le reencuentre desde la gestión de excepción que la obra de arte es, o su reposición empírica desde encarnaciones paradigmáticas de belleza. Y es porque la singularidad allí se apuntala al secreto de manera directa.

¹⁶ Debe recordarse: la Obra -escrita con mayúscula- reúne el conjunto de las obras humanas, a las cuales interminablemente ingiere y absorbe, a su vez a los individuos -que supuestamente la generan- los somete a su imperio en la medida en que invierte los ordenamientos (o sea, desde que además les muta en directos productos suyos).

La singularidad puede por ello estallar, metamorfoseada como lo viene siendo desde la Obra, y dado que procede de modalidades que por sí solas garantizan las resultantes.

¹⁷ Por pura paradoja, la imposición que se deriva de todas esas condiciones metamórficas altera las claves inaugurales y armonizantes de la singularidad dada.

A su vez, el juego de intercambios entre ambas dimensiones (la singularidad y lo singular) es de modo inevitable diversificado, pues su continua confrontación deviene progresiva e indetenible. Luego de tales

TRES. De todos modos, desde entonces, sintomáticamente,¹⁸ resultará impedido el enlace entre la singularidad y lo universal.

Bloqueada tan decisiva operación, lo singular -como una ínsula, sin amarres al conjunto- va hinchándose hasta estallar, revienta toda reclusión uniformante, dando paso a la sorpresa de emergencias explosivas, donde todo resulta reunido como destino tanto más contaminado y diversificado (pseudo-estética que contamina a lo estético mismo desde que este último -antes que al estallido aspira a la consolidación de las formalizaciones).

Vistas así las cosas, es por todo esto que el estallido de lo singular genera un modelo destructivo-creador, arbitrario a cambio de armónico. Desde allí, las resultantes (individuales y de conjunto) se estabilizan en curiosas y contaminadas simbiosis.

Las formalizaciones resultantes -habituadas en tales estabilizaciones- se estancan como modelos sintomáticos, reiterativos, donde es visible el impedimento y por sobre todo la ausencia de un plus suficientemente vigoroso que jalone el armónico despliegue de las resultantes y las ofrezca en ordenada sucesión.

La ausencia del plus delata entonces el reinado irremontable de la reclusión.

Y no que no se den específicos despliegues de plus y hasta salidas relativas o parciales de la reclusión, es que -en sentido estricto, visto el asunto en su conjunto- ello no resulta posible.

Lo creador desde entonces pasa de manera inapelable, del lado de la irrupción de las modalidades que incluyen lo caótico y lo arbitrario. De todos modos, impelido a la síntesis, se impone lo creador la génesis de esfuerzos que incluyen a lo destructivo y a la desmesura (y ha de ser por esa vía por donde el terrorismo se cuele y sume).

CUATRO. Ahora bien: sin duda, no deja por eso de existir el *ser singular* y el *hacer creador*.

Se puede dar por supuesto también a partir de ahí *hacer singular* y *ser creador*.

reinterpretaciones -a menudo explosivas, cuando no implosivas- la resultante de todo ello es siempre diversa.

Es más: semejantes estallidos -los cuales dan paso a renovadas e inesperadas modalidades- derivan a su vez diferentes a pesar de su condición más basal (asumida de entrada como informe e indiferenciada, en cuanto supuestas fuerzas incontenibles). Ello hace de lo singular, encadenamiento de eslabones con específicos efectos, cada cual dueño de rasgos propios y de peculiares características.

Dado esto, lo singular arma cadena histórica y no mera sucesión de simples y/o arbitrarias emergencias.

¹⁸ Visto así, lo sintomático decide las resultantes desde que el ensamble al secreto se impone como inefable.

O sea que el síntoma -a nivel de la lectura clínica- es derivado, consecuencia ya, modalidad de una condición envolvente que impide a lo estético redondearse y dar cuenta plena de lo existente.

Ello, en tal sentido, asigna a lo estético más bien el carácter de impedimento trágico al tiempo que imprime a lo clínico la urgencia de ampliar su franja, corrientemente especializada.

Por lo demás, esa condición -cuando se alude al registro de lo puro estético- dificulta asumirlo sin incluir lo clínico e impone un largo recorrido antes de resolverse de algún modo.

Como fuere, deberá reconocerse que -por sobre todo, paradójicamente- lo estético ejercita el secreto, y habrá de ser debido a ello que desde allí deriven las claves que rigen su prelación y su peculiaridad.

Pero en la base, dado que el hacer decide la novedad creadora, el tema incluye de modo inevitable el tajante incremento de fuerzas exteriores, ajenas, difícilmente controlables, y la envolvencia y dominancia -creciente e irreversible- de la Obra como destino prioritario.

El *hacer estallar* es .qué duda cabe- modo del hacer.

De hecho, cada vez más el *hacer estallar* es el modo por excelencia del hacer.

Más allá de toda violencia y de todo reclamo se hace estallar a las formas (lo cual -sin proponérselo- libera las opciones de nuevas emergencias).

O sea: el *hacer estallar* admite la puesta en marcha de un proceso donde el acontecer crea la posibilidad de la irrupción de lo renovador.

Es la forma atascada la que -por ella misma- encuentra finalmente explosiva o implosiva salida.

Las fuerzas (fuerzas terroristas) entonces, no hacen más que contraponer allí sin mayor control formas agotadas con formas renovadas.

CINCO. ¿Por qué no hay plus des-recluyente a partir de las emergencias de lo singular?

¿Por qué el plus no coincide sin más con lo creador?

Lo cierto es que si bien los asuntos no se resuelven en una sinonimia indiscutible tampoco se pueden negar allí parentescos inocultables.

En principio el plus es asunto que se tendrá que retratar en las formas que emergen, deberá nacer sólo a partir de ahí (aunque las formas nunca aflorarían si la singularidad contenida y lo creador no estuvieran a su vez incluidos).

Sin embargo el plus no es por ello meramente formal, no se resume en escueta formalización (así se exprese siempre por esa vía, pues más allá de ello altera a la resultante toda).

Se evidencia en cambio el plus -ha sido dicho- al hacer saltar la forma pendiente (y sólo pertinente en la medida en que recompone la precedente unidad, dando paso con ello a la armónica novedad que delataría entonces la recuperación incrementada del entretejido formal de conjunto).

O sea que el plus es ante todo des-recluyente y es esa la clave principal que le distingue de las otras nociones así incluidas.

SEIS. El plus además -dada su condición de novedad, conjugada desde la pura resultante y a nivel de la formalización- habrá de ser no sólo efecto de emergencia, de hecho incluirá obligatoria trans-formación, irrupción cuya consecuencia tendrá que ser metamórfica siempre.

Es por ello que el plus se resuelve en cualidad (así proceda de la Fuerza y se apoye decisivamente en ello su expresión es formal en última instancia).

Además, el plus se juega en lo intangible tal cual acontece con la desmaterialización de la forma siempre que se le aísla o se le asume en sí, sin soporte otro, sin otra referencia (tanto más aún habrá de acontecer cuando se trata de la renovación de lo formal).

No es pues el plus un quantum como podría creerse. Aún si se le quisiera ver desde esa perspectiva más empírica, menos intangible, se impone al quantum que en cambio de desmesura aporte completud y coherencia (o sea, su realidad comporta de antemano el estar teñido ya por una condición de calidad que sin duda alguna lo sobredetermina).

El quantum surge en cambio como modalidad de Fuerza que subtiende a la suplantación entre formas, a tal punto que hasta las puede hacer pensar como ordenadas en series (por ende, medibles).

Pero el plus se juega finalmente en lo cualitativo y es sólo en segunda instancia que cabe el suplemento que aspira a encerrarle en la objetivación cuantitativa (para ello, fusionándole al resto de formalizaciones).

SIETE. Es entonces cuando se decide que el plus es a su vez y de modo innegable, también indiscutible quantum.

En realidad ya allí el plus ha perdido su condición (o más bien ha recuperado su concepto en tanto se le asume como emergencia pendiente) y aspira a reponerse de nuevo desde una decisiva re-formalización.

Y así, de modo inagotable.

O sea que bien visto, el plus es modo de Fuerza irrealizada, que no por mero vicio estético gusta expresarse desde formalizaciones renovadas: fusión de Fuerza y Forma exige además la presencia del sentido y de la coherencia, incluidos por obligación en la integración modificada de las resultantes.

Sin embargo, no se trata de nada diferente a la coerción que impone la sucesión de lo figural en tanto contraposición con lo caótico. Y si no se da el plus a pesar de ello es por razón externa a su destino (es entonces cuando se impone reconocer allí la imposición restrictiva que rige el impedido despliegue de la singularidad).

OCHO. El problema también es con la regulación de las fuerzas: o bien porque no presionan la modificación de las formas, o en cambio porque se exceden en el empeño por renovarlas.

Ahora bien: ¿no es pues modalidad de fuerzas a su vez lo singular?

Lo singular -previo a ello- hace efectivamente alianza con el plus en tanto impedido, por ende impelido al caos en cuanto versión negativa suya y en contraposición extraña con lo creador que de todos modos sin igualársele siempre le subtiende.

Sin embargo, lo singular -como el plus- sólo halla un sentido (sintomático y paradójico) en el registro de la realización de lo formal. Pues, así pareciera en primera instancia no aspirar a ello -y aunque incluso simulara pretender contraponerse a la formalización del modo más tajante- al apostar lo singular por el estallido, en segunda instancia comporta reactivación de las resultantes.

Por esto, cuando no se logra tal encarnación, lo singular naufraga de continuo y las resultantes entonces derivan suplidas desde una singularidad contaminada que re-incluye las marcas que deja la emergencia de lo singular, en nuevos acumulados, re-sometiéndolo de ese sintomático modo.

Dado todo de esa manera, lo singular sin embargo se verá inducido -una vez la singularidad recompuesta se cuaja- a contraponérsele a su vez incansablemente desde su lugar indomeñable.

NUEVE. Lo singular se fortifica desde la reclusión y sus estallidos se apuntalan en fuerzas que la contención de la singularidad acumula como plus impedido, como despliegue detenido del plus.

Y habrá de ser desde ese impedimento que se reconozca lo singular como una primera dimensión de fuerzas en ejercicio (reconocidas además como apuestas siempre desmedidas).

O sea, que dado el impedimento, lo singular y el plus no resultan ser diversos entre sí, sólo se distinguen en cuanto el plus es apenas visible a posteriori.

Lo singular pugna desde lo irrealizado en cambio.

De hecho lo singular está siempre antes, empujando como estallido la emergencia de las formas irrealizadas.

Y, tal cual se señalara unas líneas antes, lo singular se diluye cuando tales formas logran por fin expresión.

Claro: existen excepciones donde -en tanto lo singular suplanta lo universal- "se da vuelta al guante". Entonces lo singular está deslumbrantemente a la vista y parece un milagro (caso de las irrupciones de lo bello y de las más excelsas realizaciones artísticas).

DIEZ. ¿No es entonces la Fuerza idéntica siempre?¹⁹

Vista de manera cualitativa, la Fuerza en sí -o sea, sin el complemento de la Forma- se da por sentado que es la misma siempre, sólo alterada en sus registros cuantitativos (o sea, en cuanto grados de intensidad).

En juego de formalización paradójicamente las fuerzas coinciden con el plus indiferenciado que en cuanto urgido de expresión demanda siempre la decisiva renovación de lo formal.

En consecuencia: ¿es entonces la Forma siempre diferente?

La Forma es un destino de las resultantes, pero en las resultantes las formas a su vez se delatan como diversificaciones y estallidos por mil vías de la Forma, sobredeterminada desde entronques que imponen las fuerzas que subtienden. Las formas en efecto arrastran fuerzas que las sostienen y perpetúan y que de hecho dan sentido tanto a su permanencia como a sus despliegues mutantes.

Por eso -en medio de una diversidad inagotable- la sólo Forma insiste disgregada en sostenidas emergencias: no sólo lo hace desde una terquedad abstracta, de hecho se asume como constancia renovada y sin embargo discontinua (y habrá de ser porque las formas resultan insostenibles sin el soporte de las fuerzas que las subtienden).

ONCE. Si pareciera ello demasiado etéreo sépase que es de una constancia a toda prueba (piénsese apenas en el Arte Griego).

La Forma entonces arma una figura sin perceptible materialidad, más allá de la concreción de cada forma en particular, y es cuando accede a su aspiración de decisiva universalidad. Pero es bien sabido ya que la fusión entre la singularidad y la universalidad se retrata como abiertamente impedida y que lo singular, precisamente por ello, delata la imposibilidad creciente de semejante realización.

¹⁹ La Fuerza y la Forma son conceptos que se deciden a partir de lo universal incapturable, resultan desde su condición más basal, inefables (así se les reconozca como presencias inocultables a nivel de las resultantes donde se consolidan y perpetúan). Las fuerzas y las formas específicas, en efecto, son del registro de las emergencias, encarnaciones de Fuerza y de Forma.

Sería preferible la inclusión del neutro, pero curiosamente la Fuerza y las fuerzas no admiten esa intermediación (al menos no como sucede a nivel de la Forma y lo formal).

Como fuere -más acá- la certeza de la sucesión interminable e inagotable de resultantes da a la Forma perpetuidad.

A ese nivel sin embargo la Forma es apenas latente, o si se prefiere y se permite un obligatorio refinamiento, es del registro de lo general, no de lo universal (tema entonces de la Ciencia)²⁰.

Dicho de otro modo -acaso más tajante- la Forma en sí como escueta noción universal resulta apenas sostenida desde la contundencia de sus plurales emergencias.

En sí misma la Forma es sin duda indescifrable.

Por ende lo estético allí resulta subordinado cuando no radicalmente excluido.

DOCE. Y ya que se trata ahora del tema de la Antigua Grecia, digamos que existen dos nociones griegas decisivas, urgentes de recuperar previamente (conceptos que hacen un largo recorrido, dueños de una intangibilidad también definitoria mas no por ello menos ajena del devenir de las resultantes): se trata de la reclusión (del alma, en tanto forma que encarna) y de la hybris (desmesura): esta última en relación con las fuerzas (en cuanto desborde que revienta las formas). O sea: el asunto allí -a nivel de las fuerzas- es lo desmedido: esto que está más allá de de todo ordenamiento, de todo imperio de razón, de todo aritmético, estadístico, o cuantitativo apuntalamiento. Más allá de lo calculado, esa hybris sigue la ruta de las fuerzas incontenibles donde las formas estallan y reacomodan sus armados.

Y el alma, destilada de toda materialidad, se inserta como real soporte máquico de complemento en el cuerpo desgarrado de lo humano, tal cual el desborde y suplantación de lo tecnológico-terrorista lo impone.

De modo permanente, igual todo (distinto siempre sin embargo).

TRECE. Sin duda se corre el riesgo de la reinterpretación. Cuando de algún modo -y por decir algo- este entronque entre la singularidad, lo creador, y el plus se personaliza, el asunto se recoge del lado de lo inevitablemente nocional. Peor aún: desde allí se avanza hasta la alteración y mezcla arbitraria de los conceptos. Basta con decir que la singularidad contenida está en cada quién confundiendo impunemente lo puramente personal con lo intransferible, negándose de hecho a ver la real diferencia entre lo singular que busca explotar y la singularidad interna, boicoteada desde el exterior. Y así de manera sucesiva.

²⁰ Entre el predominio de las parejas de lo abstracto y lo concreto -donde el primer polo somete al segundo- rueda habitualmente la Filosofía, mientras que es el entronque entre lo general y lo particular la clave que da paso al despliegue de leyes que decide a las ciencias. Es a nivel de los extremos de la universalidad en ensamble con la singularidad, que en todo buen Arte y en las consolidaciones de lo ético, se da la captura de lo inefable, de lo indescifrable. En cualquier otro caso tal modelo aparece contundentemente suplantado por lo singular y por el ejercicio de lo terrorista (su modalidad más frecuente y visible).

Entonces lo creador -decisivo registro estético- es retratado sobre todo en cuanto impedimento artístico, mientras que el terrorismo (puesta en acto del ensamble entre el terror y lo singular) delata la imposibilidad de implementación de lo universal, lo cual germinara ya en la contraposición insalvable que surgiera de entrada entre Ética y Moral, dando por ello a lo terrorista compensatoria y sintomática patente hiper-moral.

La verdad es que de un modo u otro lo singular no es un asunto estrictamente individual (aunque también ello aparezca sin duda allí): desde que le trasciende, se trata de algo muy diverso e incluso, a partir de un punto, francamente irreconciliable con esa condición.

O bien, pensar apenas que lo creador está simplemente en la Obra (obra-en-la-Obra, si se prefiere ser tanto más preciso)²¹ para que lo creador aparezca confundido y contaminado entre lo creado (producto) y la creación (proceso).

Ello sería tan equivocado como confundir la vida de cada quien con su cadáver.

El que lo creador aluda a -caiga siempre del lado de- la Obra, no significa que esté sin más en cada producto como tal.

Tampoco conviene tergiversar el plus (así fuere con la más inocente intención) pensándole apenas en ensamble con la opción de salida. Asunto que si se suma allí habrá de ser entonces en tanto el plus resulta esencialmente des-reclusivo (aunque -como ya fuera resaltado- no sólo ello).

Ni toda suplementaria -o incluso decisiva salida- determina al plus y/o lo reduce ni cualquier salida da paso al remontamiento definitivo de la reclusión.

CATORCE. ¿Cómo podría en efecto el plus generar opción de salida sin incorporar renovación de las formas?

Antes de ello, habría de reconocerse que no existe posibilidad de confusión o de contaminación con lo creado o con la creación si no se negara así la condición más interior de lo creador, lo cual impone el inevitable ensamble con la singularidad y con lo singular (justamente por eso habitualmente se pensó que se trataba siempre de la obligada intervención del genio).

Y no consiste apenas en la sumatoria decidida a partir del hacer, el cual por ello se utiliza de manera obligada al referirse al paso que conduce desde los diversos productos hasta la fuente común que los aglutina y apropia a título de Obra pues se trata a su vez, y por encima de todo, del reconocimiento del entronque que desde lo creador enlaza con la singularidad (singularidad contenida que en cuanto tal anuncia, de manera distinta, lo singular de una parte, el plus de otra).

En fin, las cosas podrían perfectamente salirse de cauce si no se asume que la trilogía conceptual de la singularidad, lo creador y el plus, impone complementos y distinciones siempre (con lo cual se renuevan a cada paso los asuntos y se refinan de manera inevitable los análisis).

QUINCE. Para entender que lo singular no son meras fuerzas explotando y/o implosionando (siendo que en general se juega efectivamente en el registro del estallido) resulta determinante, no sólo ir a creer que los enlaces entre la singularidad y lo singular son personalizada cuestión de genialidad o asunto parecido (también se cree que lo singular fusionado a lo creador repone-del otro lado del signo igual- al genio), tendría que recordarse a su vez que lo

²¹ La obra específica es modalidad en la totalidad que decide al producto -cualquiera fuere- como inmerso en la Obra (obra humana).

Se recalca: la Obra es el conjunto que todo lo apropia y lo reduce a su condición atesoradora obligándole a inscribirse en, y asimilarse a, sus urgencias auto-reproductivas.

singular es ante todo del registro de lo imposible,²² nunca decidido desde lo personal ni mucho menos desde lo intencional (así las bombas “estallen en las manos”).

La pobre versión que surge de la especialización empirizante de tal trilogía conceptual (singularidad, creación, plus) podría a su vez dar paso a una compensatoria -aunque acalorada- contraposición de tres caras de un mismo asunto (lo cual produciría escasamente, como resultado vacuo y plano, una ecléctica integración donde la especificidad resulta progresiva, inevitablemente, discutible).

Siempre lo general fue enemigo de lo universal (por causa de la singularidad que no se resigna a jugarse apenas como sinónimo de lo particular y/o de lo concreto). Se insiste: no faltan aristas comunes, como por ejemplo es el caso de la obligante inclusión de matrices de segundo nivel, más amplias que las resultantes concretas y sin embargo no tan envolventes como la matrices genésicas (lo humano, lo social, lo urbano) que ordenan y regulan también la renovación formal: géneros, especies, etc.

Pero ello multi-dimensiona la novedad, antes de alinear la singularidad o lo creador (mucho menos el plus) como escuetos recursos sinónimos y por ende factibles de continuos, mecánicos intercambios y/o suplantaciones.

Ilustres referentes

UNO. ¿Cómo confirmar lo anterior? ¿Cómo ilustrarlo mínimamente en análisis legibles?

Digamos: la Catedral de Estrasburgo.

¿Qué pasa con ella?

Lo primero, la sorpresa de lo demente, de lo irracional, rompiendo con la convención entre lo polos definidos del Bien y del Mal.²³

Las Virtudes allí son figuras que delatan el desorden, el extravío.

Los Vicios en cambio son pequeñas figuras indefensas, víctimas de la crueldad de las primeras.

Lo otro: la sorpresa de una forma monumental que se fuera consolidando con el tiempo, a través de los siglos, armando unidad y dando referencia central, innegable, a la ciudad.

A pesar de la superposición de estilos y singularidades, esa unidad inaudita -en efecto- termina primando, dominando, en la deslumbrante resultante final.

Gentes que gastaron sus vidas, dedicados a una obra colectiva -casi eterna- que suma y suma centurias para acceder a una indiscutible universalidad.

²² No porque lo singular no se consiga explicitar en tanto tal, es porque no consigue consolidar cuanto su explosividad delata. El apuntalamiento de sus estallidos se reducen a meras emergencias desmesuradas de fuerzas (y si a pesar de todo desde entonces se remozan las resultantes formalizadas habrá de ser a pesar suyo, como ilustración reforzada de su fracaso, nunca suficientemente radical como para dar plena expresión a sus radicales empeños destructivos).

²³ En efecto, en las fachadas y en las grandes puertas se aglomeran esculturas barrocas que representan la lucha religiosa entre lo luminoso y lo oscuro, desde variantes nada habituales. (Cf. Lehni, R. “La Catedral de Estrasburgo” Ediciones La Goelette. Exclusividad Fabrica de la Catedral. Sin más datos).

Para decirlo en una única y apretada frase: el plus, en enlace con lo creador, resuelve y expresa la más contundente singularidad (sin generar estallidos sin embargo, trocados directamente en Obra que todo lo somete y engulle).

DOS. Las superposiciones formales que en efecto se fueron sucediendo, agotando vidas, acumulando muertes, atesorando esfuerzos creativos, casi sobrehumanos -en un sentido al menos- de pronto se detuvo.

En realidad, ya nunca más el trabajo sostenido se interrumpe aunque sí el esfuerzo creador (pues la labor de conservación mantiene el esfuerzo de recuperar las torres o de cambiar las piezas originales por simulacros, etc.).

Pero el torrente de la gente fascinada viene a confirmar la certeza de la Forma, detenida, congelada.

Sólo rueda el río humano incontenible que admira el pasado en un presente supuestamente inalterado: eternidad capturada en un solo vistazo, represada en un momento colectivo que el turismo unifica, estira y reactiva, casi sin pausa.

Pero antes de ello -más bien generando turismo inagotable- la contundencia monumental de la gran obra decide de modo indiscutible a la ciudad.

TRES. Si te sales de ahí, si miras desde afuera, en fin, si tomas distancia, no podrás dejar de reconocer que -sin saberlo- la gran masa mundial admira otra cosa: el estallido pendiente, la demolición que no se diera.

Extrañamente las fuerzas, concentradas en esa forma incomparable que es la catedral en la actualidad, consiguieron de modo milagroso sobreponerse a todos los ataques, a todos los saqueos, a todos los bombardeos de guerras relativamente recientes. Sus astas agudas no pueden dejar de hacer recordar el inicio punzante de la Segunda Guerra Mundial (allí en Estrasburgo precisamente).²⁴

Es esa certeza del Bien que sobrevive contra todo Mal cuanto el rebaño humano viene y encuentra ahí, es eso cuanto se viene a sorber realmente, dado que la masa que visita la Catedral es cualquier cosa menos garantizadamente docta. Sin duda resulta más factible que una inevitable ignorancia pudiese prevalecer en cambio haciendo que sólo se diera de la mole deslumbrante apenas apropiación general indiferenciada, de tanto no ver nada en realidad (a pesar de lo cual la Catedral se sigue imponiendo del modo más tajante y redondo).

Por todo ello, se encuentra un ambiguo estado de cosas que impone tanto más la hipnotizante solidez de la resultante (la cual parecería que en cualquier momento -sin saberse cómo- podría dar la vuelta a todo sin saberse por qué).

CUATRO. Otra ilustración posible: la Acrópolis.²⁵

¿Qué pasa ahí con lo singular, lo creador, el plus?

En principio, la Acrópolis genera plus por sí sola. En realidad, no es más que plus indetenible.

²⁴ Acaso convenga recordar cómo también -por la vía del mito- es el demonio mismo quien rodea de manera incesante a la Catedral, sin lograr penetrarla ni alterar con ello los rituales que en su interior se ejecutan.

²⁵ Cf. Papastamos, D. "Acrópolis de Atenas". Olimpia-Color. Atenas, 2002.

Lo creador, en cambio, congelado.

Lo creador fue primero ahí. Y la singularidad, apabullantemente innegable, torna sólo visible ahora en ese congelado que hace estallar por ello el indecible, indescifrable -de todos modos, contundente- plus.

La singularidad -por todo ello, como pocas veces- figura expresa y detenida del lado del enigma insobornable, desde una instantánea eterna, perfectamente recogida en el producto inmenso, irreductible.

Y no es que apenas la singularidad coincida con lo universal de un modo decisivo e indiscutible, es que además el monumento resulta sólidamente incorporado al discurrir de lo urbano. No sólo Atenas, en realidad la Ciudad toda (escrita entonces con mayúscula).²⁶

CINCO. La Ciudad-Polis en efecto tiene la Acrópolis como centro determinante aún. Si se prefiere, ella (la Ciudad-Polis) comulga y combate con la gran Ciudad contemporánea en esa Atenas disgregada y única: su Acrópolis, como núcleo determinante, como *aleph* inabandonable, como corazón que palpita y hace-hizo que ruede-rodara el resto. Allí entonces nace de nuevo, a cada paso, la Polis disgregada de, e inevitablemente unida a, la gran Ciudad contemporánea.

Y el virus del turismo se apuntala de allí a su vez, se hipnotiza con esa fusión inexplicable donde el devenir torna casi tangible en la luminosidad de una atmósfera que no por nada fue y ha sido siempre la primera.

El parasitismo del turismo es sobre todo estético. Admira reconocer este sueño mundial que se juega y se agota en rituales colectivos donde cada quien da de nuevo sentido a su vida (se ilusiona con ello al menos) con sólo discurrir algunos días, algunas horas, mezclado con esas multitudes (inalterables de tanto diferentes, al tiempo que imprecisas, innegables).

Allí la ausencia marca diferente: la gigantesca escultura de Palas Atenea -que diera nombre a la ciudad de Atenas- brilla ahora por su ausencia, reforzando (no se sabe cómo) la hiper-presencia de la mole que antiguamente le alojara y que ahora fulgura, repleta de congelada e indiscutible historia (lo cual no niega que la falta de la diosa resulte ser tan decisiva, que la Polis se afirma en ella recuperando así su más esencial, inocultable condición.

De nuevo el cuerpo-alma.

UNO. Es pura forma el alma.

Es más: el alma todo lo vuelve forma, mera forma.

¿Es fuerza el cuerpo? ¿Sólo fuerza?

²⁶ Como se recordará, la Ciudad para la oferta clínica de lo social se grafica con mayúscula desde que alude a la involucencia de todas las ciudades, sólo que a partir de redes intangibles, que más que a una gran Urbe mundial se asemeja a una escritura colectiva, virtual, sin dueño visible (tanto más si une e integra a la antigua Polis).

El cuerpo es fuerza afuera, en el suplemento (claro, no sólo eso, pero es por eso que la forma-cuerpo repone fuerza de un modo más directo -fuerza materializada, forma encarnada-).²⁷

Más aún: el cuerpo se refuerza a partir de la Obra y crece sobre-medido en consecuencia.

El cuerpo entonces es ante todo noción envolvente, pero cada vez resulta más cierto que es allí donde se juega y consolida todo empírico apuntalamiento, todo sólido despliegue, y toda malformación, desde que se trata del cuerpo del capitalismo, donde se expresa y congela una envolvente, parasitante forma de suplemento, que busca reinterpretar a las formas mismas y que decide al resto de los cuerpos desde una desafortunada inversión y dominancia (dado que hasta la materia torna intangible desde la tiránica generalización de su poder).

El consumo, por todo ello, es un asunto que avanza justamente en tal sentido. Toda pugna posible o pensable, toda integración, se deciden a partir de ahí.

Cuerpos múltiples asidos de ese cuerpo común que parasita y desde el cual también se parasita sin remedio.

DOS. ¿Y el alma?

El alma se salió, se hizo urbana, es del registro irreversible de lo urbano.

Es el cuerpo por eso (el cuerpo individual) el que -en primera instancia y repuntando en franca contravía- aspira a recuperarle lugar a la singularidad.

El alma, desde que se hizo urbana, somete a cada cuerpo a ese imperio consumista y lo torna adicto, sumiso, uniforme.

El alma es, ha vuelto a ser del orden de lo colectivo.

Y busca el alma que el cuerpo se retrate ahí.

Pero si el alma de algún modo se salió -si consiguió salirse para hacerse más recluyente- fue en tanto intangible y en cuanto remonta todo límite, desde que se expande como un gas, y es ella por ello la que afuera incluye y aprisiona (modo de lo urbano).

Como fuere, desde entonces, alma y cuerpo difícilmente coinciden a partir de una unidad garantizada, previsible.

La reclusión por eso es destino fatal del alma que no se resigna a renunciar a semejante clave. Si lo hiciera, se esfumaría y ya no se volvería a saber de ella.

En ese empeño sintomático, el alma se juega en lo creador, crea ahora del lado de lo reclusivo (sólo lo reclusivo desde entonces tiene opción para la creación).²⁸

Pero ha de ser en cuanto el alma ahora nada sabe del plus.

²⁷ La materia estéticamente aprehendida termina siendo superposición de sucesivas capas que aglutinan formas y que indefectiblemente terminan al final en el agujero inllenable del secreto (por más que los recursos tecnológicos permitan refinadas localizaciones que amplían el registro de lo empírico, más allá de las meras, ingenuas, limitantes sensoriales).

²⁸ Lo cual -¿cómo negarlo?- es una contradicción en los términos. Sólo que esa “contradicción en los términos” resulta ser envolvente, definitoria, hiper-abarcante: lo reclusivo, en efecto, aspira a la reposición siempre, a la reiterada repetición, a lo masivo y uniformante, mientras que el devenir apuesta en cambio por esa condición de dar expresión sostenida e inagotable a las modalidades de la singularidad, siempre diversas e irremplazables, imposibles de reponer.

Por todo lo cual la contradicción insalvable da paso a la consolidación de lo sintomático envolvente, y en consecuencia al desborde y despliegue de lo terrorista.

La ausencia de plus lo torna todo sintomático.

En síntesis: génesis de reclusión, el alma hace del plus un exceso contradictorio e insostenible.

TRES. Desde entonces, el Arte quiere devolverse a los orígenes.

Quizá por ello, para expresarlo así, el Arte se interna por los socavones y los subterráneos de las ciudades contemporáneas (piénsese por ejemplo en el Metro de París y desde ahí hasta la generalización de cualquier oscuro abismo que acoge a lo tecnológico en ejercicio de ciega eficacia) en busca de la reposición de cavernas primordiales y de las figuraciones más radicales y decisivas.

Lo que resulta es una escritura gutural, masiva, unificada, donde lo humano se asfixia y ya no logra redención.

Y el Arte se vuelve inútilmente clandestino para acercarse a sus anhelos de actualización terrorista: inútil e inevitablemente, sin creación posible, mera oposición a la creatividad circular, reiterativa, del alma máquica.

CUATRO. El alma entonces busca armar cuerpo de masa, pues se ha expandido sin límite claramente reconocible.

Y ¿a qué se apela, entonces, "cuerpo de masa"?

Es justamente allí donde se hace difícil la localización precisa, pues si bien no se trata de algo infundado o insostenible, lo cierto es que ello no se comporta como un cuerpo corriente (cuerpo humano individual, demos por caso).

Es un cuerpo de refuerzo máquico y obeso, que se hace abstracto, escritural, en red -como mirado al microscopio- porque se juega en un registro extraño que no coincide necesariamente con las pretensiones del modelo perceptual habitual.

Cuerpo encerrado en la bomba suplementaria del alma (como la tierra alrededor de su envoltura atmosférica).

En referencia con ese ensamble -y muy seguramente con varios más- justamente renace desbordante la ciudad-Ciudad.

Es a partir de ahí -si se quiere decirlo de un modo más preciso y conciso- desde donde irrumpe lo urbano, entendido como eso precisamente: como atmósfera de la ciudad-Ciudad (donde el guión arma sintomática discontinuidad).

Cada quien absorbe, respira del alma colectiva, y desde allí se modela. Cada quien sobrevive uniformándose inevitablemente (y habrá de ser porque todo deberá re-formalizarse para que se dé intercambio máquico en consecuencia).

Vínculo de vida, vínculo de muerte.

UNO. Visto todo de nuevo, se impone un decisivo paso que acaso reviente presupuestos previos (o bien, supuestos hasta ahora no reajustados a la actualidad de esta reflexión).

Se trata de aprehender la manera como los vínculos suplantando a las fuerzas de base, para enlazar y sostener de un modo u otro el entretejido formal-relacional.

Habría de aclararse antes que no es la Fuerza vs. la Forma²⁹ (primero aquella que ésta).

No. Podría ser así a nivel de origen, pero es bien sabido que al interior de esta reflexión desde que se les considera indubitables, no se discuten los orígenes.

Aunque tampoco con ello se los niega, se saben los orígenes atados al secreto sin que ello justifique la renuncia a su permanente indagación.

Siempre entonces el secreto da algo suyo sin por eso dejarse reducir en tanto tal.

Y ha de ser esa la razón por la cual siendo sintomática en última instancia toda aspiración estética de resolver las cosas, ella se justifica y convalida tanto más aún si se le compara con otras posibles modalidades descifrativas.

DOS. Es a partir de las resultantes como se deciden los ordenamientos y las más diversas combinatorias.

Desde la base las fuerzas subtienden a las formas pero lo hacen convertidas en vínculos. Y las formas se entrelazan y consolidan como entrecruzamiento relacional que las soporta y ata sobre la periferia de su accionar.

El traspaso desde las fuerzas hasta los vínculos es tan enigmático como inocultable.

Si bien no se puede decir que es cuando irrumpe la vida que torna reconocible el vínculo, lo cierto es que para que se dé vínculo -y sobre todo se lo reconozca- es esa una condición indispensable.

Pero el vínculo termina dando paso a opciones de despliegue de fuerzas que van más allá de cuanto resulta previsible en los niveles donde habitualmente se reconocen sus transformaciones.

TRES. Se quiere decir que conceptos como instinto (o incluso, pulsión) dejan pendientes modalidades del vínculo que incluyen expresiones desde y hacia lo colectivo o en directo enlace con modalidades de la Obra.

Vínculo con la patria, con el lenguaje, con una modalidad de creencia, con un partido político, con la pareja y con la familia, con la profesión y con la empresa donde se labora, o con determinado equipo deportivo, y hasta con uno mismo,³⁰ de tanto estar mediado allí y decidido por encima de cualquier

²⁹ Forma y Fuerza se escriben con mayúsculas porque se les asume concretamente desde la radicalidad de su condición de inaprehensibles aunque innegables universales.

Digamos: lo puro universal, el universal de universales, resulta incapturable pero los universales relativos lo tornan al tiempo previsible.

Pluralidades de fuerzas y de formas desde las cuales se reunifican modalidades múltiples donde se delatan y explicitan singularidades que sin embargo no tardan en mezclarse y gastarse sin remedio.

¿Cómo negar, por lo demás, la deuda estética a la obra nietzscheana -sobre todo al "Origen de la Tragedia"- nunca como aquí tan visible y tan determinante? (Cf. Nietzsche, F. OBRAS COMPLETAS. Tomo V. Aguilar, Ed. Buenos Aires, 1967).

³⁰ Al final de todo, uno mismo es indiscutible encarnación de vínculo, de multiplicidad de enlaces con esto y con aquello, lazo intangible, vínculo que nace, que se despliega, distancia y complejiza, pero que termina desapareciendo al tiempo con uno desde una coincidencia que es todo menos inocente y casual. Y ha de ser a partir de ahí que nos reconozcamos y se nos reconozca como sujetos, forma la más definitoria -humanamente hablando- de armar vínculo.

¿Y el vínculo a su vez? Lazo que -por la ruta de la Fuerza- ata al secreto, deberá decirse.

“determinancia” personal, pues -al fin y al cabo- es la Obra como tal la que vincula y altera de modo radical las resultantes.

Como fuere, dados registros que operan siempre aliados en las inagotables resultantes, prima el empirismo presencial que comportan las formas materializadas (si no encarnadas).

Tales registros aparecen como si fueran estas últimas (las formas) las que hicieran emerger a las fuerzas tras los vínculos, les dieran sentido y les alojaran, las contuvieran para que no se impusiera de modo inevitable su inmediata dilución.

CUATRO. Es más: dada resultante envolvente, a cada formalización la subtiende y decide, la soporta y sobredetermina el entronque con el resto de formas materializadas que simultáneamente se ordenan y desgastan armando resultante global, ella sí más directamente apuntalada a fuerzas de base, tan decisivas como inaprehensibles, tan ubicuas como indiscutibles, desde donde se amarra, el mundo todo, al más inconmovible secreto.

Sin embargo, es bien sabido, y de la manera más inmediata e indiscutible experimentado por cada quién, que se reponen las formas -cada cual de su parte- aparentando rodar por rutas propias e incompatibles.

En efecto, en la periferia de las emergencias discurren formalizaciones redondeadas, presentificadas, sin rastro de procedencia, dueñas de una evidencia empírica, de una inmediatez indiscutible, de una certeza de autonomía sin camuflajes, de tal modo que apenas una condición intangible y marginal pareciera reducir a un solo asunto el tema de las fuerzas de base a las cuales lo vincular suplanta.

CINCO. Lo relacional y lo inter-relacional dan paso a encuentros y a selecciones, a desplazamientos y a marginamientos, y sólo en casos excepcionales vínculo y relación se superponen de hecho (sin embargo, casi siempre subtienden tras las resultantes, a las cuales parecen integrar en inseparable y complementaria fusión).

No sólo las formas hacen emerger a las fuerzas tras los vínculos. Las formas comportan a su vez, en cuanto ocultamiento vincular, la opción de irrupciones intangibles que ponen cara a cara con el secreto mismo (dígase, la fortaleza desmesurada del poder, o la propia belleza donde fuerzas y formas se equilibran e integran con una contundencia que no desdice de cuanto de inefable se ha de sumar entonces).

Allí, el nuevo déficit nocional que delata la sólo sumatoria de la Fuerza y la Forma obliga a reconocer prelación vinculares que se deciden desde el secreto y que en la emergencia de las resultantes pasa a alterar y a invertir los ordenamientos y las prioridades.

No faltarán las coyunturas donde el modelo se invierta a pesar de todo. Incluso, la aludida sucesión de formas inagotables, que pasan, que se suceden, que se trans-forman, que se re-forman, pueden dar paso al despliegue desbordante de las fuerzas (las cuales evidencian entonces, que se sostienen y asumen reunidas en una sola Fuerza básica y constante).

Las formas parecen desde entonces ser segundas, consecuencias ya del envolvente despliegue de lo vincular.

Y -por razón del vínculo también- las formas que le son complementarias dan a las fuerzas una clave de más, lo cual permite a la Fuerza en tanto tal, devenir diferenciada, demarcada, singularizada (dado el juego interminable de lo estético más envolvente y decisivo).

SEIS. Finalmente, en cuanto regidas por lo vincular cada forma (que las fuerzas soportan desde el entronque de periferia con el resto de las emergencias) delata demarcaciones que a su vez se deciden desde afuera, en negativo.

La pura irrupción de cada formalización -se quiere decir- resalta la unificada oposición formal del resto. Y al ser decidida cada forma específica desde la negación que imponen las formas restantes urge el reconocimiento según el cual, detrás de cada forma, se da materialización, encarnación, reposición de vínculo, soporte inseparable en el juego de las relaciones y/o de las interrelaciones, como nunca envolventes.

De modo paradójico, desde entonces la forma específica figura de manera empírica sostenida y alterada de acuerdo con una clave interior de fuerza (que es la evidencia que la justifica finalmente como apuntalada apenas desde esa apariencia de un autónomo y peculiar despliegue).

Es por ello entonces que las formas apropian de manera invisible enlaces y contraposiciones que al tiempo las sostienen y perpetúan más allá de sus inmediatas y propias demarcaciones.

SIETE. Esa clave interior de permanencia que las formas comportan no es mera Fuerza indiferenciada y vacía de contenidos. Dadas relaciones múltiples y vinculaciones definidas, formas de formas subtienden allí, suplantaciones de fuerzas que se pluralizan y suman -sin reducir por ello sus especificidades-, arman incluso un entrelazamiento tan decisivo y válido, que puede ser -a pesar de ilustrar su condición de partes al interior de un todo- que parezcan casi ajenas y autónomas en su materializado discurrir (caso, no sólo de los órganos en los cuerpos vivientes, las hojas y raíces en los vegetales, etc., también válido ello a nivel de las energías que rigen el despliegue de las partículas, de las modalidades reconocidas como instintuales y/o pulsionales, donde se conjugan registros diferenciales y sin embargo complementarios e indispensables para la unificación final de los cuerpos, sólo consolidados como tales a nivel de la periferia donde se explicitan las resultantes de conjunto).

Lo cierto es que -incluso entonces- se trata de entrelazamientos tan decisivos que dan a todo ello la necesaria dimensión de escuetas consecuencias (de hecho la totalidad misma, el cuerpo de conjunto, se ofrece como parte a su vez de inclusiones tanto más amplias y abarcales).

El cuerpo en realidad, fuera cual fuere, es suma de relaciones y de vínculos que le unifican como amarres plurales y diversificados de fuerzas y de formas, decididos por potencialidades y figuraciones otras que obedecen a vinculaciones y relaciones decididas desde el exterior (y que sin embargo podrían también ser procedentes de ellas).

Ni lo vincular-relacional ni las fuerzas y formas en cuanto tales dan lugar de manera aislada a cuanto la diversidad de sus entronques decide y sobre-determina.

OCHO. No sólo, más acá de fuerzas y de formas, se da el enigma de los vínculos: todo ello colinda con realidades otras que suman registros no menos decisivos y complementarios -opuestos y radicalmente diversos- que sin embargo obligan a necesarias síntesis.

Síntesis que no comportan unilateral dirección, que retratan contradicciones fundantes y sin embargo indispensables, la muerte, la repetición, la uniformación, lo masivo, la singularidad, la vida, el despliegue de las diferencias y la permanente suplantación de las resultantes, en fin, todo ello reunido y aglutinado desde un infaltable, inextricable entretejido delata la incidencia de lo nocional que por necesidad torna presente, que no se decide apenas desde la empírica presencia de las cosas, ni se resuelve en la retórica sin fondo de lo puramente nominal.

Plural irrupción que suma al basal juego de modelos Forma-Fuerza el suplemento que arman y agravan los vínculos y las alternativas de lo relacional.³¹

Y si bien sería más prudente diferenciar y distinguir, de aislar las diversas rutas tratando cada asunto por aparte, lo cierto es que consiste todo en una sólida amalgama que no por desbordante resulta ser menos definitiva y válida.

NUEVE. Como fuese, al reconocer la inocultable presencia de lo social y de lo urbano, incorporados como suplementarias “dominancias” matriciales, ha de asumirse que antes que de Eros y de Tánatos, modalidades tardías y mutadas de Fuerza que no priorizan, ni siquiera incluyen allí la mediación de lo vincular y de lo relacional,³² se trata de modalidades del vínculo tanto de vida como de muerte.

Pero no sólo ello, pues lo vincular no se agota desde esa radical contraposición.³³

Adelantada tal salvedad, de todos modos cabe reconocer que los primeros (vínculos eróticos) arman enlace con lo relacional, lo soportan y lo hacen posible.

Es el segundo modelo (vínculos tanáticos) el que antagoniza con lo relacional y lo hace estallar.

³¹ La Fuerza, en cuanto se expresa, necesariamente se escinde. En la base, se trata de fuerzas antagónicas de marca positiva o negativa, que se atraen o repelen. Lo vincular viene dado en referencia con ellas. Eso de una parte. Por otro lado debe reconocerse que de hecho los vínculos encarnan como claves tanto más primordiales, sin necesidad de apelar a remotos orígenes, decidiendo a nivel de las actuales resultantes. Un hilo de enlace ilustra sin embargo, que falta al menos una pieza donde indefectiblemente se apuntala y anuncia el secreto.

³² Así no se pueda negar que en “Psicología de masas y análisis del Yo” Freud resalta ya la simultánea presencia de vínculos y relaciones, no hace abierto reconocimiento de planos que distingan periferias de subfondos pulsionales (por ende, de las formas como se enlazan, complementan, o antagonizan).

³³ Lo biológico disciplinar que rigiera, más que dada la procedencia teórica de Freud, a partir de su formación profesional, seguramente incidió en esta laguna que impide incluir una prelación (de lo estético) que implicara el reconocimiento de ganchos indispensables de formalización y de apropiación de fuerzas desde las resultantes, antes que caer precipitadamente del lado de nociones en extremo redondas y evidentes que cerraran el paso hacia lo inefable, tal cual se hiciera en su momento con los sueños (Cf. “Freud, S, “Interpretación de los sueños”. OBRAS COMPLETAS. Amorrortu Ed. Buenos Aires, 1968).

Y en el registro del discurrir contemporáneo de lo social -lo cual (no se está olvidando) comporta un salto extremo- este segundo registro tanático-vincular exagera y soporta el despliegue de lo terrorista (y si bien ello no lo explica, ilustra al menos procedencias, que al negarse, se silencian tornando ininteligibles sus reales apuntalamientos e implicaciones.³⁴

Sólo que el enlace terrorista termina también alimentando la opción de nuevas condiciones de lo relacional: claves inesperadas, imprevistas, que a su vez sorpresivamente saltan y pugnan, contrapuestas al inútil, compensatorio empeño que surge al intentar recuperar la armónica sucesión de la escenificación que es lo urbano-social.

DIEZ. Pero esa sorpresa que suma lo relacional a posteriori no es por sólo ello arbitraria, expresa ya la prelación de lo vincular tanático en cuanto consecuencia paradójica de los esfuerzos del vínculo por reequilibrarse y encontrar salidas (sin lograr remontar -apenas por eso- la reclusión).

Salidas de lo mismo hacia lo mismo. Conciencia de lo modal que aspira al infinito cerrado: infinitos no sólo relativos, infinitud también del impedimento, infinito en negativo (sostenido en alianza con la urgencia de reposición inagotable de lo formal), infinito -en fin- que radicaliza la especialización de lo formal por fuera de un despliegue simultáneo de lo creador, de la singularidad, y de la génesis del plus (presentes sí, aunque de modo sintomático contaminados, o en franco desequilibrio).

ONCE. Por todo esto -ya había sido señalado aquí- Freud lo confundió todo cuando prefirió pensar en pulsiones que suplían a los biológicos instintos (pulsiones de vida y pulsiones de muerte), en cambio de reconocer allí -previo a ello- vínculos de vida y vínculos de muerte, modalidades directas de una basal potenciación indispensables para el amarre de las diversas formalizaciones que ilustran el despliegue de lo humano y que no coinciden con la Fuerza escueta, dado que presuponen otros encadenamientos aún más primarios y no menos enigmáticos).

¿Cuál es la diferencia -más allá de un mero cambio de términos- entre vinculaciones disgregadas e instintos mutados en pulsiones?

Se distingue el vínculo porque se admite dado en la periferia de las resultantes. A pesar de su condición intangible, frente a la emergencia de lo más empírico a lo cual justifica, el vínculo no urge de directos apuntalamientos con sus orígenes, ni se presupone como sutura real y/o nocional.

El vínculo consigue atar a lo irreductible por una doble vía vital-tanática, pero no arma continuidad más que en tanto reconocido suplemento: su lectura estética resulta viable y justificada.

En Freud, con las pulsiones -entendidas como modalidades basales, como instintos alterados por el experimento cultural- apenas se modificaban

³⁴ Antes del texto de 1995 ““María” en la transferencia” donde por primera vez se anuncia la Clínica de lo Social, se recogió un aporte de varios años en un escrito denominado “Energía, Instinto, Pulsión y Realidad Social”, donde se reconocía reunida ya la pluralidad de registros, que se distinguían y fusionaban al tiempo, en la medida en que mutaban la Fuerza, denominador común en la base de todos (sólo que ahora se viene aludiendo a los enlaces enigmáticos entre tales territorialidades, fruto del discurrir -irreductible e innegable- del secreto).

antropocéntricamente las urgencias del instinto (tanto más insostenible sin embargo, así no por ello menos innegable).

Aún dado el reconocimiento de un corte radical (calificado como involucencia cultural de suplemento) todo seguía atado en continuidad triunfante, a los orígenes más impredecibles (a los cuales sin embargo, de ese modo, se los suturaba).

La operación nocional no sólo congelaba la necesidad de responder por un indispensable *por qué*, de hecho taponaba la procedencia de las emergencias, impidiendo el reconocimiento de un secreto en la base, definitorio tanto como incapturable (y se ha de perdonar la reincidencia en el tema del secreto, pero su definitorio lugar al lado de su sostenido silenciamiento obligan a ello).

DOCE. De ese peculiar modo -llenando lo inllenable y dejando marginada la enigmática mutación que lleva desde la Fuerza hasta el vínculo- se delata como consecuencia inefable el entronque formal, sin embargo indudable y por sobre todo, visible e inmediato (en realidad obligado, obligante, dada la urgencia que impone su necesaria presencialidad).

Freud terminará trocando la discontinuidad de todo ello resultante, en culpígena excepción humana.

Sin urgencias explicativas a nivel de definitorios trasfondos, ignorados progresivamente a medida que la localización teórica de las construcciones de periferia pretendía afianzarse en la apropiación de los sentidos más evasivos y envolventes, no sólo se dejaba de reconocer el juego metamórfico que se había armado entre tanto en referencia con la Fuerza. Además, subtendiendo entre las fuerzas físicas, los tropismos, los instintos, y las pulsiones humanas, todo parecía mantener una indiferenciada y generalizada continuidad decidida desde la contundencia del quantum que subtendía e integraba allí (sin duda, soporte empírico e indiscutido en tanto asumido como mera equivalencia, como oferta dada a cambio del reconocimiento del secreto).

Se olvidaba con ello dejar abiertas las opciones metamórficas que el suceder de las resultantes incluye e impone (de reconocer al menos la imposibilidad para dar cuenta de sus pasos y diferenciaciones).

Y ello resultaba francamente paradójico, habida cuenta de que se había terminado derivando del lado de una ampliación, a todas luces transgresora: la indiscutible realidad cultural.

TRECE. Cuando se trata del vínculo de vida lo relacional encuentra alojamiento y en realidad resulta allí indispensable.

Cuando en cambio se da vínculo de muerte lo relacional, si no falta, se escinde. Lo relacional en sí resulta entonces cada vez más excluido, delatando su condición más decisiva de parásito del vínculo, reducido a expresarlo apenas al desplegarlo (por lo demás, sin reconocimiento de autoría).

Asumidas las cosas como de obligada y horizontal coexistencia vincular-relacional, lo corriente es que todo se juegue entre esfuerzos fallidos de síntesis, lo cual tornando de algún modo reiterativas al conjunto de las resultantes no puede más que obligarlas a ilustrar tal contaminación y semejante estancamiento.

Es cierto: es como si las apariencias se desmembraran de los fundamentos y fueran desde entonces rodando de manera arbitraria, incoherente (en realidad,

más allá de ello, se trata del global desajuste de la sucesión en cadena de las resultantes y de sus variados entronques entrelazantes, que demandan la presencia de un plus, el cual no consigue consolidarse, y que resulta cada vez más ausente y/o inaplicable).

Por compensación, a niveles puntuales se podrá jugar a específicas alternativas de supuesta prevalencia vincular-relacional, con lo cual se pudiera dar paso a parciales modelos diversos, contrapuestos, escindidos de la totalidad, y en apariencia regidos por su propio impulso autonómico (entonces esquemas inversos emergerán para detener las opciones de su generalización).

Pero la verdad es que para la resultante de conjunto ello comporta poca incidencia. La resultante general tiende sí hacia la fragmentación creciente, lo cual se hará presente como desarmónico entretejido, lacunar de una parte, repleto de inextricables nudos, de otra).

CATORCE. El vínculo (de muerte) que excluye -o si se prefiere- altera tajantemente lo relacional si bien no decide la emergencia del plus, puede ser creador. Es más: en algunos casos extremos donde el modelo se estabiliza, desde que las formas se congelan y se niegan a modificaciones decisivas, es la única opción creadora posible y/o pensable. Sólo que creador-reclusivo, por ende relativizado y sometido al imperio de tales imperativos auto-reproductivos (dígase, despliegues del capitalismo, o bien desbordes ciegos de lo tecnológico y/o de lo terrorista).

De otra parte, las formas pueden perpetuarse -de hecho se perpetúan indefinidamente- instalándose simultáneamente (envolvencias estancadas, reforzadamente reclusivas) en congelados de sí mismas, que es por ello que gastan circulares modalidades de expresión, donde si bien se dan sostenidas variaciones, no se presentan en realidad cambios decisivos, verdaderas metamorfosis.

En cambio se retratan allí modalidades parasitarias y dependientes, producto de imperativos hiper-defensivos, doble-forclusivos.

Se trata de infinitos relativos y constreñidos que sólo están impidiendo el paso a formas renovadas, a ampliaciones en pos de universalizaciones más decididas y ciertas: como entre el *uno* y el *dos* (Zenón de Elea) cuando se piensa en las distancias fraccionarias, o -tratándose de otros sofismas del filósofo en mención- a título de paradojas de movimiento, ilustradas con asuntos como el tema de la liebre y la tortuga, o de la flecha que agota indefinidamente la mitad de su recorrido hasta quedar definitivamente detenida.

QUINCE. Esos pasos -si se les piensa en el registro del despliegue de lo social- permiten, imponen de hecho la irrupción de estallidos.

Incluso, el impedimento para que reiterados recorridos se remonten permite que las formas se contrapongan entre sí, dando lugar a modelos fragmentados, contaminados, asimétricos e incoherentes, girando sobre sí como en un remolino irremontable (reclusión).

Es allí donde el terror halla la posibilidad de fortalecimiento creciente demostrando ser -en la base y por contraposición- la fuente más decisiva y constitutiva del humano obrar (siendo su presencia a nivel de periferia cada vez más constante e inevitable).

Pero entonces ya no se trata de pulsiones ni de instintos.

Se trata de automatismos de fuerza que contaminan las modalidades de la construcción de conjunto, las cuales delatan la sintomática constancia de registros excluyentes y selectivos, encerrados en “el narcisismo” de sus propios y reclusivos despliegues (especialidades repudiantes, marginantes, desligadas de la totalidad desde que se imponen afueras que terminan decidiéndolas tanto más).³⁵

El terrorismo reimpone la certeza de cosa-en-el-mundo para lo humano y es por ello que se le cree inhumano (en la justa medida en que refulge con más vigor y contundencia).

Lo humano tomado como cosa -en cualquier acepción que fuere- explica (si no justifica) la lógica que rige a semejante registro y sus más salvajes modalidades de aplicación.³⁶

Lo máquico y lo báquico

UNO. Otra clave del vínculo la da su entronque con lo máquico donde la vida y la muerte se alteran del modo más tajante. Pero no sólo por la vida y la muerte en cuanto tales, de hecho en tanto involucras -suplementarias desde que se trata de ésto que la Obra decide y predetermina- y como consecuencias (por ende, derivadas, segundas).

No basta entonces con lo pulsional para dar cuenta de cuanto va más lejos de la necesidad, cuando sencillamente se remontan las predeterminaciones del destino de lo animal. Dígase, la experiencia exclusivamente estética, esa que hasta dispara lo singular a partir de circunstancias que lo externo decide, para que se imponga el desborde de la singularidad contenida.

O sea, desde el acto simple hasta el más contundente de los atentados y de las más variadas y particulares experiencias. Dese por caso la forma como un viaje afecta (por lo demás, un salto hasta el sitio donde reinó de la Polis, lo cual no sólo ejercita accionar máquico sobre lo psíquico más personal y sorprendente, de hecho impone el desbordante, renovado despliegue de lo estético).

Modelo íntimo, a su vez marcado del modo más tajante por la experiencia urbana de la Ciudad actual y que ha de ser cuanto justifica como indispensable la auto-referencia (en cuanto alude a las derivaciones de este texto) incrementada a partir de aquí.

En fin, el ingreso, recorrido, y consecuencias al final de una vivencia que lindera con el desborde propiciado por el desencuentro en presente con lo más antiguo (incluida la desmesura de lo dionisiaco, retorcidamente renovado por el abordaje desde lo máquico).

³⁵ Se evidencia así cómo las fuerzas pueden surgir también sin pasar de modo necesario por el retén del vínculo. ¿Acaso -cabría preguntarse- atadas al vínculo de muerte, en cuanto habitualmente repudiado en la medida en que resulta más decisivo y definitorio?

³⁶ ¿Cómo recurrir a redondeamientos aplicativos a sabiendas de las marcas envolventes que comporta el accionar del terrorismo, sobre todo del tono terrorista que todo lo invalida y reinterpretar?

DOS. Ahora bien: el paso que se le impone a este escrito hacia una escritura que incluye a menudo la directa auto-referencia, si bien escasamente ejercido al interior de estas reflexiones, no habría razón para que se le impidiera aparecer de manera tanto más vigorosa.

Es más: tendría que hacerlo así más tarde o más temprano, dado que esta escritura de continuo se resiente, obligada como viene a modalidades formalizadoras y convencionales, las cuales obedecen a la tiranía de los modelos más tradicionales de explicitación.

No que se termine derivando hacia generalizados estallidos histriónicos. Es que se trata de dejar constancia de una posible incursión que estos textos sin duda pretenden liberar desde que apuestan por el predominio de lo estético, por la inclusión en consecuencia de lo transdisciplinar y -por sobre todo- dada la derivación final que amarra con la contundente e irremontable imposición del secreto en cuanto irreductible (lo cual marca de modo principal -cómo, si no- a quien directamente lo reflexiona).

TRES. Ingresar a este discurrir que incluye y promociona lo subjetivo, además se justifica si se reconoce que ese viaje decisivo hasta la Grecia actual implicó en el nivel más personal que lo psíquico chocara y entroncara al tiempo del más sólido y decisivo modo con la realidad más inmediata y distante de la Polis.

Por una ruta experiencial que resulta entonces inevitable (a diferencia de otras modalidades donde se buscó en su momento hallar sentido universal a lo clínico: digamos lo edípico, que no presupone viaje alguno para apropiárselo gratuita y "olímpicamente") se armaron tres momentos estéticos diversos (antes, en, y después del viaje propiamente dicho) que dieron lugar, no sólo a amarres imprevistos del pasado y del presente, en la medida en que se incluyen registros más vastos y envolventes en la obligada apropiación del tiempo, también como marca sobre el paisaje interior, no menos afectado a nivel de las habituaciones espaciales.

Ampliaciones decisivas que delataban cómo el vínculo al mundo es ya obligado registro que ha de reconocerse antes de que se admita ensamble del vínculo con el secreto.

Sólo que la asunción del secreto torna admirable al mundo, en cuanto modalidades interminables que a cada paso lo expresan y lo encubren.

CUATRO. Pues bien: estar por fuera de a manera como el viajar lo impone -sobre todo cuando se trata de una experiencia de este tipo- altera muchas cuestiones internas y enfrenta al reconocimiento de una experiencia donde lo social se transmuta de modo radical.

Una cierta re-demarcación que despliega laxitudes y ampliaciones imprevistas de los límites de lo permitido acompaña a quien, o a quienes, se incluyan en un recorrido tal.

A la manera de las transmutaciones internas que decide el ingreso a los sueños o la participación en la masa, el viajar altera y redefine, a niveles tan decisivos como habitualmente minimizados.

En el extremo más indefensible -apelando sin duda a la comodidad de cobertura que ofrece entonces el rebaño humano- cierta inocencia libertaria, no necesariamente transgresora, podrá sobrevenir entonces dando paso a

comportamientos que pueden llegar a ser irreflexivos, cuando no definitivamente infantiles.

Sin embargo, tales comportamientos dan paso a una franca distensión, y hasta a la maníaca recaptura de sí, luego de la marca de pesados meses de inevitable sumisión, incluida a partir de la obligante rutina que impone lo social.

CINCO. Se trata en principio de la interrupción de las claves que rigen la realidad más inmediata, la apropiación de los nuevos entornos que el viaje determina, y las revinculaciones forzosas a la variedad de los contextos retomados en el retorno a casa. Todo lo cual comporta un viaje interior no necesariamente coincidente con la experiencia externa donde es más fácil que se ignore la presencia de esos cambios, obligando a la reasunción solitaria y pronta, disimulada y silenciosa, del modelo corriente que el rebaño comporta y demanda.

No faltarán rituales desde lo social que busquen suplir sintomáticamente allí tal cual acontece al despertar a cada quien, o cuando se retorna de un estado mórbido -cualquiera el fuese- donde se ha brindado al enfermo exceso de atención y se le impone, ahora que ha sanado, volver a los modelos de costumbre haciendo caso omiso de las implicaciones que a nivel personal comportan esos retornos a modalidades olvidadas e infantiles (a pesar de que su reposición no deje de generar decisivas huellas interiores).

SEIS. Pero no se trata apenas de ello más que en tanto paso empírico, necesario sí para la consolidación de la experiencia estética que por definición remonta los sometimientos a lo personal, estalla esos límites y amplía tajantemente los sentidos.

Por debajo de esa aparente y vacua superficialidad se juegan en efecto serias renovaciones y desprendimientos vinculares que delatan la presencia decisiva de esas estéticas implosiones, las cuales por lo demás sólo tornan explícitas cuando se busca explorar las extrañas metamorfosis interiores a las cuales da paso la experiencia del viaje (antes, en, y luego de su ejercitamiento), en cambio de pasar de largo por ahí, hundiéndose en el juego defensivo que propicia el ya mencionado reapuntalamiento en el rebaño.

De todo eso entonces se tratará en adelante. Y habrán de ser ésas las razones que justifiquen la discontinuidad estilística que sigue y la explicitación de asuntos, menores en apariencia.

La Acrópolis que te estalla por dentro

UNO. Convendría recuperar el asunto de la Acrópolis a la luz de estas últimas reflexiones y despliegues nocionales.

Mirada Atenas desde el Partenón (que no ha de ser igual a *verla* directamente desde allí), cabe reconocer que en principio emerge entonces de un modo innegable -y como difícilmente en caso alguno otro- la presencia de un vínculo-de-vida que se superpone tenazmente sobre un fundador vínculo-de-muerte.

Ciudad donde la sublime constancia de esas ruinas que insisten y que le internacionalizan a su pesar, Atenas por sobre todo pareciera tercamente

aspirar a ser local. Simplemente se acomoda a la demanda indetenible del turismo mundial: ciudad en fin, sobrepasada sin duda alguna por todo ello, retrata -acaso en silencio, pero de modo inocultable- un combate sostenido y decisivo con la Ciudad.

Ver al Partenón desde Atenas (o sea, incluido todo ello) como asunto inmediato y empírico ¿resulta igual a reconocer aislado al mero Partenón, *mirado* desde la redonda, abstracta certeza de su perpetuación y de su mundial permanencia? En vez de apuntalado, más allá de cualquier geográfico y puntual registro, desde su pertenencia simbólica global ¿son otro el Partenón y la Acrópolis que le aloja?

Como fuese, la certeza de un pasado -que tampoco es que coincida sin más con la Polis misma más que como constatación de ruinas detenidas- altera la libre apropiación desprevenida del presente. Sin olvidarse de que -a pesar de la realidad espacial misma que da como una sola la empírica fusión de la ciudad más luminosa con sus sostenidos orígenes- el paisaje interior no puede dejar de reponer un desenfoque allí, de hecho irreductible, irremontable.

Como fuere, ambas claves (de tiempo y espacio) comportan el reconocimiento de una urbe que no sabe ser dos pero que no consigue asumirse redondamente apenas como una.

DOS. Digamos, que por donde Atenas quiere crecer, visiblemente irrumpen de manera inagotable esas antiguas ruinas a las cuales en definitiva no se las consigue excluir: dadas insistentes investigaciones, que comportan sostenidas excavaciones, salen en cambio de continuo desde el fondo las constancias de un pasado a cada paso revivido y que impide a la ciudad cerrarse sobre la anhelada certeza de un retrato final.

La vieja Atenas de continuo reaparece como un síntoma deslumbrante que comporta amarre inevitable con la Atenas actual (y con el mundo mismo a través de ella).

Duplicidad casi especular pues más que retratar contrapone, simultaneidad de lo más extremo y contrastante ¿cómo no reconocer en ello -al tiempo y a pesar de todo- un inocultable vínculo colectivo, trans-individual, definitivamente unificador e integrador y por sobre todo decisivamente urbano?

Como fuere, no sólo se trata de arqueológicas emergencias de sólida materialidad. De manera más sutil e intangible emergen realidades silenciosas más no por ello menos decisivas ni contundentes.

No es menos cierto a su vez -y no sólo por ejemplificarlo de cualquier modo- que por la ruta de Sócrates una larga fila recorre inagotablemente sus pasos, los repone (casi ajena de ello -si no olvidada del todo- es cierto) borrándolos y al tiempo recalcándolos más allá de toda específica huella. Operación sin duda singular, cada vez más del lado de la constatación de un imposible

reencuentro, del más contundente, escandaloso y contenido abismo, injuntable, disgregante.³⁷

TRES. Silencio implosivo- terrorista, distinto e innegablemente actual.

Ruta que desde toda la Antigüedad resultara acallada, no porque no signifique: es justamente porque al ser tan envolvente, tan hiper-presente, sin más lo decide todo.

¿Silencio de vida? ¿Silencio de muerte?

Silencio constitutivo y vinculante (por ende estrechamente fusionado en ambos sentidos).

Pero no se trata sólo de Sócrates.

Es todo el mundo antiguo griego cuanto -desde su presencia, inmediata, inocultable- se camufla en un tenaz silencio repleto de enigma y de secreto, que no se deja retratar.

¿Cómo se expresa esto?

Sobre todo: ¿Cómo se visualiza esa condición negativa y fundante, desde las supuestas resultantes máquico-patógenas del virus y del doble, del doble-virus y del virus-doble?

CUATRO. No se sabe si son los contemporáneos griegos indiferentes ya de tanto como vienen siendo sobredeterminados por sus ancestros, o si eres tú quien (como en el poema de Kaváfis)³⁸ por llevar dentro a Grecia no logras hacerla coincidir de forma mínima, en tan corto espacio de tiempo y desde una perspectiva tan inevitablemente distante.³⁹

Es claro que no se trata apenas de lo mórbido en su acepción predominantemente personal, que es como tradicionalmente se le ha querido ver a nivel de las urgencias aplicativas de lo clínico. Se trata de un registro estético -se insiste en ello- que remonta del más radical de los modos lo escuetamente personal.

Lo cierto es que el largo listado posible de seres sucesivos e inagotables que dejaron su huella allí brilla -al menos directamente- por su ausencia.

En cambio, más allá de toda restricción, el universo de ruinas y monumentos insiste inanimado, inevitablemente luminoso e hiper-visible.

CINCO. ¿Cómo no reconocer en ello que al tiempo que se da una presencia inocultable de muerte (puesta allí a la luz, a la vista de todos, para que todos se

³⁷ Resulta tan reiterada e inabandonable la presencia del aparato fotográfico que lo turístico incluye del modo más contundente, como la contrastante ausencia de Sócrates (y de su mundo, donde ello -el aparato fotográfico- faltaba, de manera tanto más decisiva). Y no que lo tecnológico no estuviera ya allí decidiendo, es que se trataba de otra cuestión, qué duda cabe. Piénsese en lo oral-socrático, y en la escritura platónica que recluye en esa obra al pensador más insigne de la antigüedad como personaje (así Platón dijera cuanto dijese sobre el sentido negativo de la escritura: paroplejía de la memoria).

³⁸ Cf. Kaváfis, P. "Ítaca". POEMAS. Biblioteca digital. Ciudad Seva.

³⁹ En el punto donde la persona, sin forzar las cosas, es mera constatación de lo psíquico (en tanto decidido a partir de lo urbano) debe su presencia, también inocultable, a sentidos que le redefinen y desfiguran como si hubiera ingresado en un sueño y no pudiera ser allí más que pasiva observadora.

Es más, la persona resulta afectada por orientaciones y fuerzas -ajenas de sí pero definitorias de su más humana procedencia- de las cuales no puede del todo -o en nada- apropiarse.

Sólo así se admite hablar aquí en primera persona.

hipnoticen y encuentren al tiempo fusiones inefables, contundentes contrastes, alejamientos inextricables) un hilo de vida (latente, irrecuperable, pero siempre visible) emerge a cada paso, porque cada modo de lo humano que irrumpe allí a su manera -sin duda intransferible- lo reactiva, lo repone, lo reedita?

Pues bien: podría pensarse que no hará falta ni siquiera el lenguaje (ahora que el turismo parece lenguaje global que hubiera fusionado o remontado todas las lenguas alrededor de formas que acogen de manera plural e incluyente sentidos reiterados, diversos siempre y sin desgaste posible, más allá del paso de los tiempos y por encima de toda especificidad y diferencia).

A pesar de la reposición indetenible de grupos, los cuales a menudo se someten al hilo de voz de los guía buscando quizá con ello actualizar ilusamente desde precarias informaciones la verdad que les atraviesa (y de la que más bien parecieran defenderse) la contundente realidad del pasado que unifica al más excelso nivel se impone por sí misma, de manera directa y sin indispensables mediaciones otras.

Podría suceder entonces que algunos, afectados por peculiar desborde se permitieran a su vez -desde el polo inverso que decide a esas masas-expansiones que en la intimidad de lo intransferible delataran el más allá de la defensiva indiferencia, de la convencional complejidad minimizante que arma juegos de pueriles y superficiales liviandades, para pasar de largo frente a aterradoras honduras.

SEIS. Tú el primero, podría creerse así ¿qué duda cabe?

¿Cuentas acaso ahora con otra posible ilustración?

Pues bien: aún allí donde estuviste jugando de manera infantil justificado por el anonimato que te protegía, podrías recordarte de nuevo posando con el más desconocido de los hombres, para recuperarte ahora -más próximo de ti y más enriquecido- en tu casa incompañable, fotografiado en esa compañía irrecuperable e indiferente (ni vínculo ni relación alguna, como no fuere el ser apenas -de forma por lo demás inútil- semejante), detenido allí en la perplejidad de un devenir en definitiva acallado, figuralmente congelado.

O que en cambio te hallen a ti en Japón -y quién sabe dónde más- incluido en fotos que quisieron ser muy familiares y exclusivas y que por tu arbitraria inclusión viral te reponen allí como una burla -innecesaria, imprevista, asignificante- que incomoda toda intimidad, sin dejar de ser resultante tontamente divertida por inverosímil).

Lo cierto es que (retrato de lo psíquico-máquico que choca con la Polis más basal) eras tú decidido desde allí, como si volvieras a actuar -gratuitamente y sin objeto mínimamente justificable- después de muchos años de haber dejado atrás toda práctica teatral.

O sea, en la medida en que un personaje suplía del modo más radical a la persona que siempre reconociste ser, en un juego de apariencia baladí que era apenas disfraz confortador de la psique (máquica) con la Polis (en tanto dionisiaca).

Reposición de lo máquico y de lo báquico, en una síntesis impedida y sin embargo irremontable, dado que la persona que eres se interpone frente al reconocimiento del dominio -de todos modos ejercido- de tus personajes liberados.

SIETE. Por ello, ese estallar de flashes es el idioma que se impone ahora, a título de irrealización, desde reposiciones de inesperados retratos que son como una suerte de esperanto figural: la fotografía -que todo lo reaglutina y reunifica al desprenderlo definitivamente de cualquier posible corporalidad- ensaya así captaciones compensadas, sintomáticas de modo inevitable.⁴⁰

Y en la reposición falaz -de hecho metafórica- del juego de espejos donde cada quien halló la imagen, desde la cual a partir de entonces se reconociera, y que se ilusiona ahora con regresar a un reencuentro con lo humano envolvente, al menos con esa masa de visitantes injuntables, afectando en realidad apenas a quienes -de nuevo disgregados en sus soledades intransferibles- se someten a semejantes virtuales ofertas, engañosas de tanto empíricas y contundentes.

Como fuere, la resultante máquico-fotográfica convierte a todos en empíricos, más que reales, fantasmas de sí mismos. En cuanto despojados de su materialidad más decisiva, desde esa figural reposición -que no reafirma más que a la fotografía misma-, creyéndose falsamente idénticos a sus retratos podrán re-establecer enlaces posteriores que les liberen de toda verdadera y posterior implicación donde se pudieran seriamente afectar sus registros personales más inabandonables e indiscutibles.

OCHO. En fin, esa mediación del aparato (para el caso, fotográfico) pone en acto el espíritu máquico de la gran masa, del gran conjunto, del rebaño humano (que no por ello se unifica, ni da paso a una envolvente participación del gigantesco colectivo mismo).

De hecho, no existe la cámara que retrate a ese conjunto y que le devuelva la certeza de una unidad recapturada (así fuere por la vía de una mediación tal).

En cambio el Partenón, la Acrópolis, siguen, seguirán eternamente allí, sin urgencia ninguna de desdoblada reposición, atados al secreto, del modo más redondo, inmediato y directo.

Y tú quien te traes también recuerdos imborrables, además de esos mencionados rastros fotográficos donde dejas constancia desdoblada de tu efímero paso, sumas así la constatación de tu siempre precipitada, fantasmal presencia por esos paisajes, por esa realidad que no sabe nada de ti, que no supo de ti, que te engulló (de hecho sin saberlo y sin ser afectada mínimamente por ello).

¿Cuáles son los efectos de esa ignorada ingesta?

Algo sin duda habrá acontecido en esta operación, que no resulte ser apenas mera exposición de un asunto privado, individual, menor incluso (pues en verdad se ha de tratar también -así fuese a nivel escuetamente modal- del reconocimiento de esa más vasta condición que da forma a lo humano en contraste constante con el devenir).

Conviene sí estar de nuevo -por decirlo de la más convencional de las maneras- “de cuerpo presente” allí, para poderlo expresar ahora: eso es todo.

Pero, cuanto entonces se diga tratará en realidad de otra cosa, de asuntos francamente diversos.

⁴⁰ ¿No es eso cuanto a menudo se observa en la televisión cuando están entrevistando a alguien o cuando se adelanta un informe callejero? Gentes que arman contra-escenas al fondo, en apariencia tontas, al tiempo que -si se les quiere descifrar de verdad- retratan claves decisivas desde que se las reconoce como reales protestas de lo humano frente a la presencia dominante de lo máquico.

Retomada la vida corriente ¿qué ha pasado con ésto que no se resigna a dejar de ser materia de escritura?

NUEVE. Para empezar por algo, cabe indagar por ejemplo -sin por supuesto forzar los asuntos-: ¿dónde va ahora ahí lo terrorista?

Digamos que -a su vez- en el silencio (en efecto, recomienza todo de nuevo por ahí).

Silencio, personal e implosionante que hace emerger al personaje terrorista interior, encubierto y despertado, de modo indescifrable aunque contundente (retratado, capturado en la fotografía que resta).

Sabido estaba que -a pesar de la inmensa distancia entre la Grecia Antigua y el mundo contemporáneo- el terror no era un asunto ajeno, ni entonces ni hoy. Pues bien: tampoco es que te encuentres ahora aterrado por ello, ni más faltaba.

Pero, lo cierto es que de algún modo *ya no te encuentras* (al menos como antes).

DIEZ. ¿Qué duda cabe que, al lado del Partenón y de la Acrópolis, están también los grandes teatros, donde sin duda se escenificaban torneos, como ese que en alguna ocasión anteciediera al despliegue de “El Banquete” de Platón (para no aludir a las propias puestas en escena de las tragedias más decisivas, que pudieran llevar también a su rememoración, saltando hasta el Peloponeso, en busca del teatro de Epidauro (enigmático, incomparable milagro de acústica) donde ensayaste un tenue parlamento, y el cual sólo escuchaba ella en la última fila de ese auditorio -cálido y luminoso, a causa del inclemente verano del Peloponeso- para dar paso al inocente e inocultable regocijo de pareja, por sólo ello remozada?

Ya en Atenas sin duda estuviste también, y no solo buscando coincidir sobre la huella de Sócrates, pisando muy cerca de esa indemostrable coincidencia, reponiendo incluso ese gesto donde el filósofo -se cuenta- se quedó meditando en una sola pierna (mientras armaba ángulo de cuarenta y cinco grados con la otra) por largo, larguísimo rato.

No podrías negar que reinventaste ese lugar buscando ingenuamente retratarte repetido de ese incómodo modo y en una foto que por suerte nunca apareciera. Como fuese, esa cercanía y distancia simultáneas tienen -¿cómo evadirlo?- un sentido interior inenarrable.

ONCE. Acaso pues no se trate de terror ni de tragedia alguna aunque sí de una suerte de desmesura -incapturable de tanto contenida- que empieza tarde o temprano a generar consecuencias, efectos decisivos, los cuales debieras pasar a expresar de manera completa y sin pensarlo dos veces, aprovechando que este escrito ya viene ejercitándolo y que por tanto no parece fácil evadirlo más.

Podría llevarse el asunto hasta innecesarios extremos: recordar por ejemplo que entre locura y psicosis se distinguió (desde Freud) el territorio que demarca la humana sin-razón. No que estés loco ni cosa semejante: es que si bien para los griegos -resulta ello bien sabido- la locura comportaba dimensiones más vastas y positivas de cuanto las modalidades de la Clínica contemporánea

presupone, ni siquiera reasumiendo esa verdad olvidada alcanzan una y otra (psicosis y locura) para dar cuenta de todo cuanto aquí se viene explicitando.

Un dominio de experiencia estética cabría sin duda allí, más allá de una y otra versión (sin que se impusiera por ello de modo necesario la urgencia de diagnósticos y menos aún, de inapelables ejercitamientos represivos: valga la prudente aclaración, dado que sirves ahora para ilustrar el desborde máquico a partir de tus propios registros interiores).

Así tampoco se deba admirarte por ello -pues para nada la experiencia en cuestión incluye heroísmo de ningún tipo- resulta contundente desde fuera de ti -y si se prefiere- a título de recurso metodológico (pues sin aspirar a imposición alguna, desde que se ha sumado el reconocimiento de la escritura se repone de manera indudable la coincidencia tuya con tu obra).

Las rutas máquicas

UNO. Resulta inevitable que a partir de aquí estalle todo definitivamente y con inocultable desmesura dé paso a un incontrolable desborde (fruto quizá de la larga contención que a nivel personal comporta el despliegue de estas reflexiones, las cuales vienen dándose desde muchos años atrás).

Sin embargo, también la eclosión que se generara en el encuentro de la Polis con la Psique, y cuya certificación subjetiva (que parte de la puesta en acto de una operación impedida al tiempo por imposible, en su asunción espontánea y actual) se ha querido recoger en este escrito (el cual, por lo demás, no ha podido ser de entrada lo suficientemente extenso como el tema demanda) se habrá de intensificar de manera incontenible el tono de sus explicitaciones a medida que se van acercando los obligados desenlaces.

Como fuere, dado inicio, se impone ahora la asunción del remate.

Pues bien: decir el virus del terror resulta ya demasiado radical. Pero -así fuera en el registro de lo más íntimo- si se le recupera en su significación real, no ha de ser otra cosa distinta que la innegable y sostenida presencia terrorista en el registro de lo tecnológico.

Sus efectos en lo psíquico han sido descritos previamente (Cf. Otero, J. "Prolegómenos al tema de lo normal y lo patológico desde la perspectiva de la Clínica de lo Social") en términos de crisis de interioridad que acompañaría al predominio de lo público sobre lo privado.

DOS. ¿Cómo se atan ambos asuntos (lo tecnológico con lo terrorista, y viceversa)?

El virus -sabido es- en su acepción más convencional (tanto médica como computacional) se expresa por fuera de lo propiamente psicológico.

Altamente nocivo, en tales habituales casos corrientemente al virus se le asocia con comodines que recubren el desconocimiento (cuando no, como dueño de malhadadas intenciones clandestinas, sin justificación racional pensable).

O sea que -no habría que decirlo- la sólo mención del término comporta una indiscutible carga negativa.

En sí (versión médica) se trata de un organismo complejo, fronterizo, que porta simultáneamente características animadas e inanimadas: entre ser vivo y

mineral, sin reducirse definitivamente a ninguno de estos dos modelos, esa clave linderal le confiere condiciones muy peculiares, difícilmente enfrentables. Desde allí, la noción de virus salta hasta las máquinas y genera tanto o mayor desorden.

Pues bien, no es en ese lugar común donde la propuesta clínica y estética que aquí se busca implementar aspira a ubicarlo.

Se trata en cambio, de la forma como (a nivel integrado de lo psíquico en lo máquico) operan de modo intangible modelos semejantes, eminentemente anímicos.

TRES. También de otro lado, contrapuesto, irrumpe el ya mencionado doble que culmina la transmutación de lo psíquico hasta la envolvencia de lo máquico.

Es por esta vía que la superficialidad fotográfica (ya trabajada antes en este texto) delata la realidad de fondo: cuanto fuera vacuo desborde -con torpes rastros báquicos- no hacía más que ilustrar el impedimento, la condición negadora de lo puro humano desenganchado de sus registros más decisivos (ahora que la suplencia máquica deja a todas luces expuesto el impedimento que comporta la fallida participación unificante en el modelo de conjunto).

Pues bien: en el personal retorno a casa no se halla más que la escisión que impone, a cambio de la real apropiación de la experiencia vivida, más bien un doble vacío, inllenable, refutante. Muecas que superan la realidad corpórea y la deciden como mera ficción, como falsa autocaptura, ilusionada con la apropiación de un momento (de hecho perdido de modo irremediable), en realidad reponen la ausencia de una real y reactualizada imagen que complete ahora, más allá del escueto registro de lo especular.

La trampa estaba allí: en la creencia lacaniana -según la cual el espejo decide de entrada y para siempre la particular apropiación humana- cuando se trata en realidad de reclusiones máquicas (tanto lo especular como lo fotográfico) que amplían el espectro, lo subordinan y sobre-determinan a partir de registros más vastos y si se quiere menos escuetos y predecibles.

CUATRO. A la manía arbitraria -que sólo el compartir con la amorfa masa turística justificara- no le resta otra cosa que la asunción amarga de una soledad incrementada, de un irremediable deslinde de la matriz humana, de una enajenación irredenta, creciente, que la vana suplencia del recurso virtual-fotográfico no consigue por supuesto suplir.

En enlace con un destino inapelable de lo psíquico, recuperados por esa otra vía de complemento, sumado el doble a esta otra dimensión más virtual y suplementaria que de entrada lo incluye como mero registro especular- el virus y el doble se juegan entonces por duplicadas vías, adicionales y dislocadas, que le combinan y contaminan a título de pseudo-síntesis insuficientes y sintomáticas.

Se habla entonces en primer término del virus-doble, y es cuando se lo asocia con modalidades masivas de congelamientos agónicos, las cuales se juegan en extremos que llevan desde la implosiva indiferencia de masa frente al terror, hasta verdaderos estallidos internos, implosivo- invasores.

Lo más individual resulta redefinido desde lo colectivo y esa regresiva modalidad termina dando predominio a formalizaciones afectivas, que por sobre todo adeudan al rebaño.

También esta primera fusión del virus-doble⁴¹ conduce hasta consolidaciones en modelos patológicos y/o psico-patológicos (sida, drogadicciones, violencias del consumo que los cuerpos -desmembrados de cualquier cuerpo más envolvente que les incluya y justifique- retratan hasta los extremos del estallido mismo). O bien, la auto-extinción (bulimias, anorexias, etc.) ilustra el remontamiento de las tradicionales demarcaciones de lo clínico habitual, a partir de hinchados o desinflados modelos, consolidados del lado de lo masificante (por más que se evidencien empeños desmedidos y compensatorios que buscan recuperar la singularidad, de hecho perdida sin remedio).

CINCO. En un segundo registro de fusión, se reconoce al doble-virus (dobles al interior del virus), más específicamente asociado con estéticas y silenciadas dimensiones de interioridad, donde ciertos armados imaginarios consolidan registros autónomos de funcionamiento difícilmente reconocible y/o confesable. El modelo más extremo ahí lo ilustra el personaje terrorista que cada quién clandestinamente administra en su interior (y el cual ha venido haciendo particular emergencia aquí, a nivel de este escrito).

El personaje terrorista se imposta a menudo camuflado por la ruta de la ficción que arma realidad y que se parece por ello sobre todo a escenificaciones que oscilan desde lo hiper-real compensatorio hasta lo propiamente teatral (el teatro en efecto garantiza la prelación del personaje, haciendo de la persona disfraz y/o máscara).

Entre estos extremos angulares se grafica la cuadratura (virus, doble, virus-doble, doble-virus) donde se da reclusión para cada quién.

La peculiar experiencia personal se asimila e incorpora por esta ruta inevitable. Pues bien: desde la dimensión de Ciudad desde donde la experiencia se inscribiera inicialmente, la marca de la Acrópolis viajó hasta quedar presa en el recinto de lo más interior (a su vez reclusivamente cuadratizado).

Desde allí, de un lado y otro, se fueron generando pequeños e intensos estallidos, los cuales aún subtienden y sostienen también el fluir de esta particular escritura (más seguramente de condición implosionante y aunque no menos arbitraria, sin duda gratuitamente estética).

Como en una foto onírica donde la imagen se negara a fijarse, los cuatro polos, las cuatro esquinas de esa intangible e interior esquematización generan

⁴¹ El ensamble del virus y el doble, según prime uno u otro, da paso a variaciones que justifican la pluralidad de estas expresiones: un virus al cual se inserta un doble hace diferencia frente a un doble que a su vez incorpora un virus.

Antes de ello caben ofertas de suplantaciones del doble en cuanto imagen especular implantada viralmente o por suplementos figurales de distinto corte. De hecho, el doble admite desde usos de duplicación virtual hasta la multiplicación figural.

No debiera olvidarse que -así pareciere en extremo barroco- la modalidad del virus-más-virus (virus-doble) no se puede confundir con el registro del virus-al-interior-del-virus, el cual redobla su marca y envolvencia (doble-virus globalizado) alterando decisivamente las modalidades de su incidencia (cobertura capitalista).

atracciones y repulsas, las cuales impiden que las figuraciones finalmente se asienten de un modo ordenado y armónico.

SEIS. Reconocida tal volatilidad, imprecisa y creciente -que sin embargo en lo posible busca unificarse- volvamos a la individual recuperación psíquica de la Acrópolis de Atenas que (más ampliamente vistas las cosas) entre la Psiquis y la Polis sigue sin duda implosionando.

Ha de ser distinto poder ingresar libremente por literales espacios en ruinas a estar obligado a marchar por rutas prefijadas y/o por zonas, de tanto ajenas inevitablemente prohibidas. Y no sólo a nivel de la literal acepción arqueológica. Desde esas grietas también debieron -a partir de tu propia ingesta, que replica cuanto hiciera contigo la propia Grecia- empezar a gritar en tu interior las marcas de lo humano agotado, de viejos, antiquísimos actores silenciosos, quienes aún dejan huellas pétreas de inamovilidad intransferible, de reclusiones absolutas, de re-apropiadas exteriorizaciones radicales e inmovibles.

No ha de ser otra la razón por la cual se suman a tu memoria personal de la Acrópolis esas figuras humanas petrificadas que fueran recogidas y repartidas por el mundo de los Museos (empezando por el propio Museo de Atenas a escasos metros del Partenón).⁴²

SIETE. Mutilaciones y dramáticas insuficiencias onírico-escultóricas aparecen entonces a su vez en esa masa de recuerdos tan imprecisos como sostenidos (por encima de todo, paradójicamente entrelazados).

Y aparecen de modo inagotable para dar cuenta de lo humano y lo divino (a partir de imprevisibles registros íntimos, allí mismo donde todavía no hay -entre esos territorios primitivo-politeístas, mágicos sin duda- demarcaciones muy precisas).

Desde allí, ese mundo de lo primordial politeísta se sucede como un reclamo sostenido, indetenible.

Y es ello contundentemente cierto: de un modo u otro has regresado a tu casa con ese fardo.

La carga excesiva de silencio y de pletóricas expresiones externas te han dejado por mucho tiempo alterado y con la certeza de que se dio en ti una metamorfosis imprecisa e impredecible (de todos modos, decisiva y tajante).

Y sin embargo, no hay dioses ahí, ni nostalgia de ello, sólo una atmósfera sorda que subsiste entre el aire y la carne y que no se consigue precisar a pesar de su condición apabullante.

OCHO. Pues bien: en esa tercera fase del retorno a casa ¿cómo se expresa desde entonces la intimidad del virus?

De entrada, ya no logras reinsertarte en el modelo habitual (delatándose así los impedimentos de desvínculo que el viaje acarreará).

Ciertamente, algo ha quedado flotando pendiente (algo que te escinde y no te permite del todo re-asumirte en la realidad de siempre).

⁴² Los museos son recintos máquico-colectivos donde se escenifican de continuo rituales reclusivos en los cuales se busca reunificar el tiempo, reatar el pasado a un presente en tanto éste no consigue remontarlo.

Un pedazo de ti (que también muy seguramente se quiso quedar allá) empieza a navegar entre tú y Grecia, generando esos pequeños estallidos - al tiempo intensos- de irrealización.

¿Irrealización de qué?

De singularidad no ejercida, de eso humano no realizado, de lo pendiente o posible y ahora nuevamente impedido.

Y -como en un computador- el virus empieza a generar internos taponamientos y bloqueos, cancelaciones e interferencias.

Un extraño agotamiento que no pasa y al lado una lucidez nueva, inexplicable, irreconocible, ajena y extraña, como si de tu parte te hubieras robado esa luz griega (luz increíble y dolorosa, guardada en tu interior, y que estalla desde allá como una intangible lanza que te hiriera sin remedio ni cicatrización posibles).

NUEVE. Y el doble ¿cómo se ofrece ahora allí?

Veamos: el doble -se ha dicho- se juega del lado del suplemento tecnológico que te completa y multiplica, cuyo primer referente es necesariamente especular.

Sólo que ni en ti ni en el modelo de conjunto alcanza todavía a definirse más que en el estricto registro de lo linderal desde -más allá de la mera ilustración, a propósito del papel que el suplemento fotográfico incluyera ya- que no consigue retratar su verdad en ningún reflejo, en ninguna figura cierta y precisa (pues no encuentras ese plus indispensable, qué duda cabe).

Y no que no estés allá, repuesto del otro lado del espejo. Es que algo que con vehemencia te jalona se ha quedado irremediadamente afuera.

De hecho, vistas también las cosas al nivel más amplio, desde el espejo la tecnología completa al cuerpo y al alma, los prolonga y los ata al modelo social de conjunto, dándoles envolvente marca urbana (tal cual sucede con todo cuanto de ese modo lo urbano completa).

DIEZ. Grecia no hace excepción a ello: opera ahí justamente como sutura en la resultante de ésto que hasta entonces fuera mito irreductible y que te ha puesto sin remedio frente a frente con esa ausencia de tu nueva imagen indiscutible (más bien en cambio ahora, indomesticable, inasimilable, así no menos real y determinante) Y siendo promesa irrealizada desde lo intangible, te deja un agujero que ya no se llena si no se reconoce que estas atado directamente al indescifrable secreto).

Por todo ello, Grecia entonces se sale del recinto cerrado de la teoría y se instala imprecisa, inubicable, entre tu carne (o al menos bordeando la periferia de tu piel) y tu inconsciencia.

Grecia reúne en realidad (en un afuera irrecuperable tanto más ajeno) la indigesta incorporación que desde ti infructuosamente buscara absorberla y llevársela consigo.

ONCE. ¿Excesivo e inverosímil?

Qué importa cuanto desde afuera se diga o se piense.

Como fuere, ahora resta una gran saturación espiritual que ha de saldarse lentamente por la ruta solitaria de este estricto ejercicio de escritura.

Entre tanto, el personaje terrorista interior no deja de generar a cada paso estallidos transgresores, imperdonables, que desatan incluso una culpa

indescriptible e inubicable (sólo justificable acaso, tal cual en su momento lo había previsto tu propio escrito):

“Una ética de la no acumulación de vida. Cada ocasión, como si fuera la primera vez -versus el modelo corriente de ir sumando atesoradoramente aprendizajes-. Es allí donde se hace diferencia y la incomprensión de los otros genera la culpa interior, esa sí sin lugar a discontinuidad posible”).

A partir de tu viaje, culpa del otro que nunca fueras, que clama por ser desde ese mundo antiguo, el cual -en el libro- empezara a consolidarse de algún modo concreto (y que, al viajar hasta el reducto de la Polis recobrara en tu Psiquis realidad plena).⁴³

DOCE. Y el virus-doble, ¿cómo se expresa en el recinto de tu habitual morada? Congelados agónicos que crecen excesivos sin motivos racionales mínimamente justificables, debe reconocerse.

Giros sin sentido sobre centros arbitrarios. Ideas incontenibles, obstinadas y tercas. rotaciones que desgastan inútilmente, y a las cuales sólo se las consigue detener cuando vuelves a andar y a andar, cuando te estiras de nuevo, contraído como vienes en tu cuerpo encogido.

Cuerpo éste -por suerte, no sólo el tuyo- que ha perdido la gracia desde que ha pasado a estar determinado de modo progresivo a partir de lo máquico.

Y, en el fondo, también tu alma indefensa a la cual el virus- doble quisiera imponerle el inapelable destino de las polaridades más extremas, desde el juego a partir del cual se desplaza lo humano: personaje-lobo (se diría) entre ovejas, o (con mayor frecuencia) personaje-oveja solitaria, en medio de esa jauría que no dejan de ser -de hecho, sin proponérselo- los otros (y que por tanto, por ello mismo, dejan de serlo).

Detenida entonces, paralizada amenaza en el preciso instante del ataque, como en una foto paranoica la persecución -sin embargo- puede armar implosiones indiscutibles que delatan que el asunto no es apenas fingido.

En realidad, retrato intangible del paso que desde Dionisos llevara hasta el personaje terrorista dónde se delata esa decisiva metamorfosis que envilece lo estético, que no sólo permite comprender el paso que ha llevado de lo báquico a lo máquico, también -desde la Polis hasta el armado tecnológico que hoy en día cada psiquismo es- ha encarnado en ti por razón decisiva del sostenido ejercicio de escritura, de esa manera extrema.⁴⁴

TRECE. Si fuera ello total y permanente ¿cómo garantizarte mínimamente la perpetuación personal del “uso de razón”?

La persona es sin duda retén siempre y en el mejor de los casos escenario basal sin duda, como lo ilustra la recuperación de lo onírico. Por eso habrá de ser que también cuando se expresan estas implosiones estéticas se trata de

⁴³ Otero, J. “Diario personal”.

Más ¿qué? ¿No es la culpa, cristiana? ¿Acaso no se dice que los antiguos griegos no sabían de la culpa (al menos, a la manera como la apropiamos hoy en día los humanos)? La recuperación experiencial de lo antiguo griego sin embargo, implica cierta toma de distancia que es aquí cuanto se viene resaltando.

⁴⁴ ¿No lo anunciaba de hecho ya Mefistófeles, desde que decidiera viajar hasta la Antigua Grecia? (Cf. Goethe. “Fausto”. OBRAS. Editorial Planeta. Barcelona, 1963).

algo que viene y se va, que en realidad se escenifica, unas veces al centro, otras marginándose, dejándote ser al tiempo la persona de siempre que lo social dispusiera de entrada (como si observaras apenas un film que te incluye de modo decisivo, o de una peculiar obra de teatro donde eres al tiempo público y actor de tus más íntimas representaciones).

Por supuesto, en los extremos más convincentes no se consigue más que sonreír un poco amargamente (y volver a tomar distancia -o mejor aún- a escribir para que todo se diluya como vacua invención insostenible).

¿Desbordamientos innecesarios? ¿Despropósito imperdonable?

No: imaginarios innegables, decisivos, vitales (difíciles sí de explicitar).

Claro que todo ello en el preciso instante resulta imperceptible. Sólo es a posteriori que tú lo reconoces como a una nata espesa que recubriera el aire (tal cual, se dice está pasando en Asia ahora precisamente⁴⁵ con esa nube extraña de concentrada, internacional polución, la cual viaja lentamente por los aires sin encontrar opción de dilución posible (como no fuera en cuanto generada desde su propio agotamiento y de la cual con el tiempo ya ni siquiera se hará la menor mención).

CATORCE. Y, finalmente ¿qué produce (por decirlo así, en tu propia casa) el doble-virus?

El doble-virus se escenifica y se teatraliza haciendo de tu alma verdadera ciudad interior.

Los fantasmas se multiplican internamente de modo indetenible mientras los sueños resultan ser una suerte de daguerrotipos del futuro donde posees una fuerza excesiva, la cual debieras contener para no ir a terminar haciendo daño. Desgajados de allí los paisajes interiores que reponen vacíos escenarios del pasado o que registran recuperaciones ingenuas de desprevenida armonía humana llenan el espacio onírico como si empezaran desde ya a preparar la inevitable despedida.

Allí la cuadratura estalla en mil pedazos y de cada uno de esos fragmentos se apropia un personaje que arma su propia reclusiva cuadratura.

Incluso tú cabrías ahí si te atrevieras a abrirte un espacio (nada niega esta opción, ahora que has empezado a incluir la reversión del modelo vital convertido en ese anciano hasta allí postergado y que todavía no aciertas a reconocer, a incluir).

Aunque también podrías no estar y nada pasaría.

Sólo cuando despiertas y no sabes donde duermes ni qué dirección tiene tu cabeza en la cuadratura de tu lecho, todos esos fantasmas se recogen y desaparecen -ficticiamente, claro- y te imponen un olvido obligatorio que es a partir de donde re-apuntalas de nuevo tu precaria unidad.

(¿Revisaría cada quién su interior y se arriesgaría a reconocer su propia íntima locura para que emergiera -desde ello precisamente- su propia lucidez?).

El retrato imposible de Sócrates

⁴⁵ O sea, en el 2006.

UNO. Por razones de espacio, sin discutirlo mucho, tomemos como referente a quien en primera instancia tiene más visibilidad: siempre se le apeló Sócrates. Móvil del viaje, en más de un sentido, a cada paso aparecía su ausencia, y al tiempo la extraña certeza de estar muy cerca de sus físicas huellas, quizás en el intento de acercar de algún modo la contundencia de su marca real, incapturable entonces.

Por ello -en este particular caso- las consecuencias de semejante experiencia se han de leer predominantemente en referencia al *virus-Sócrates-doble*.⁴⁶

Y habrá de ser por esa ruta que aspirará a universalizarse desde la singularidad más impedida (y también, a contaminarse por los desfiladeros de lo más íntimamente reclusivo desde que la extinción de esa huella coincidiera con la impronta estatal-terrorista, donde la Polis -en tanto que invasora- dejaba de algún modo de serlo para comenzar a dar paso paulatino a la Ciudad moderna, se diría).

DOS. ¿Qué comporta ello?

Significa que la cuadratura terrorista (virus, doble, virus-doble, doble-virus) abre la opción de enlazarle a la triangulación nocional inicialmente propuesta aquí (la singularidad-lo singular, lo creador, y el plus) a partir de esta clave, al tiempo integradora y contaminada.

Desde entonces, en cualquiera de esos siete rincones se repone un enlace-Sócrates que se conjuga en cada caso de modo específico e intransferible.

En sí, y vistas las cosas en referencia con el virus, Sócrates armará radical opción de ruptura con lo tecnológico (inocultable agujero negro desde el esfuerzo máquico de síntesis).

Y es sobre todo Sócrates entonces contra-virus al virus del turismo.

Desde su intangible y al tiempo omni-abarcante presencia, el viejo pensador combate al virus del turismo y lo repudia (así el turismo pareciera rodar hipnotizado tras sus huellas cuando -de hecho- lo doble-forcluye).

TRES. De igual modo, en relación al doble Sócrates en anti-alianza ahí con lo virtual, repudio de cualquier acercamiento identificatorio, rechazo de la más mínima simbiosis especular que sólo permite -como una "grieta en el espejo"- el reconocimiento de una ruptura irremontable, de un real abismo infranqueable.

Opuesto a toda empresa que no sea del pensar, el doble-Sócrates impide que ensamblen los artefactos altamente tecnológicos desde las reconstrucciones (insistentes, tercas) del pasado, con el sostenido desgaste de las ruinas que no hace más que perpetuarlas y afianzarlas en cuanto tales.

Complementariamente también por ello, a nivel del virus-doble se generan entonces desde el modelo-Sócrates, silencios escandalosos que hacen estallar internamente todo esfuerzo de fusión definitiva, de asunción alegre y desprevenida, de la antigua experiencia griega.

⁴⁶ Virus que marca a Sócrates -debe aclararse- desde que a falta de escritura propia armara doble en el producto filosófico-platónico.

Se des-alegra tal resultante (si se prefiere decirlo así) dada la superficialidad de las actuales masas, indiferenciadas y fascinadas por objetivos que resbalan sobre el repudio de los enigmas.

Y ha de ser por ello que las marcas imborrables de la Polis -actualidad a su vez de lo irrecuperable- parecen irrumpir como fijas imágenes sobre la aspiración amnésica de la Atenas más cotidiana y presente.

Una suerte de agonía contaminante, que a cada paso renace, suple el esfuerzo de armonía impedida.

CUATRO. En referencia con el doble-virus el personaje-Sócrates se agiganta y excluye cualquier otro comercio fantasmático, se anti-asocia (haciéndole estallar) con el personaje terrorista interior, realizando con ello inverso ensamble simbiótico, armando de ese modo, estallidos que son reales implosiones estéticas (de lo cual sería ejemplo ya -se insiste en ello- este específico documento).

Pero el personaje Sócrates terrorista-creador es en realidad el primer personaje que ilustra terrorismo blanco, si es dable apelarle así.

Por ende, blanco de la cicuta (que no por nada impusiera -ya muy preciso- el mencionado antiguo terrorismo estatal) el viejo Sócrates integra -sin más también- la singularidad con lo singular, lo creador y el plus, desde que se repone vigorosamente, más allá de toda posible contaminación (por lo demás, dando paso a una lucidez novedosa e innegable como una revivida luz griega que fulgurara indiscutible luego de la noche desesperanzada y extrema, siendo ahora del modo más enigmático y extraño del registro de lo más interior).

Anuncio lúcido de locura antigua que permite justificar arbitrarias e inesperadas ráfagas de felicidad (que en su momento fueran confundidas con banales emergencias entusiastas desde que Dionisos oculto, estando allí, no se dejara re-tratar).

CINCO. ¿Por qué se impone ir tan lejos para poderse reencontrar?

Pues bien: no resulta claro del todo que ello pueda generalizarse sin más.⁴⁷

Pero -de nuevo para el caso específico- la experiencia estética no sólo ha demostrado el juego sorprendente de des-vinculaciones y de novedosas re-vinculaciones que rejuvenecen el alma y que reactivan la vida por rutas al tiempo sostenidas y recompuestas.

Vías que de hecho re-apuntalan la existencia ampliándole su espectro a partir de un entronque de excepción han terminado a su vez amarrándola estrechamente a la Polis.

Polis pues que de ese modo re-emerge por un camino único, irrepetible, donde por ende se delata como unificada singularidad, al menos momentánea, excepcionalmente recuperada.

Y con ello el retrato de conjunto (impedido desde la puesta en acto del capitalismo y del modelo mórbido que en tanto tales instauran el virus y el

⁴⁷ Cada quien viaja a su modo, pues viajar es otear la propia singularidad perdida, y no habría de ser igual hacerlo llevado por una ciega imposición consumista que a partir de un proyecto propio, de antemano definido. Como fuese, más allá de ello, la aventura del viaje siempre impone despliegues inesperados y sorprendentes que te cambian, de manera también imprevisible (todo para que, transformado ahora -de algún modo- en otro, continúes de todas formas siendo el mismo).

doble, aunque también a partir de mezclas contaminantes y recluyentes que permiten fulgurar al virus-doble y al doble-virus) cuya ausencia forzosa, irremontable, obligara a reconocer la imposible unificación armonizante de las partes (ni siquiera de manera inefable, fusionadas) con el todo, irrumpe - deslumbrante, en un instante insostenible- cuando lo humano bloqueado encuentra un resquicio imprevisto desde el cual consigue recomponerse y reaparecer en todo su esplendor.

Entonces, hasta la Obra parece acceder a una condición que la transmuta del lado de un olvidado sesgo donde también -¿por qué no?- admite reponerse: suerte de Museo envolvente, que permite a lo sabio, del brazo de lo bello, dominar y regir (reassignándoles de nuevo y en su justo lugar, la real importancia que nunca debió faltar allí).

Sea.

Bibliografía.

Arent, H. "La condición humana". Paidós, Ed. Barcelona, 1993.

Kaváfis, C.P. "La utopía del viajero". POESÍA COMPLETA. Alianza Tres, Ed. Madrid, 1982.

Freud, S. OBRAS COMPLETAS. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 1968.

Lehni, R. "La catedral de Estrasburgo". Ediciones La Goelette. Exclusividad Fábrica de la Catedral. (Sin más datos).

Goethe, J. W. "Fausto". OBRAS. Ed. Planeta. Barcelona, 1963.

Jaeger, W. "Paideia: los ideales de la cultura griega". F. C. E., Ed. México, 1983.

Lacan, J. "Escritos" Siglo XXI, Ed. México, 1975.

.Marx, C. "El capital". F.C.E., Ed. México, 1964.

Nietzsche, F. OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. Buenos Aires, 1967.

Otero, J. "Prolegómenos al tema de lo normal y lo patológico desde la perspectiva de la Clínica de lo Social". Revista #11. U: S: B. Cali, II Semestre, 2002.

Papastamos, D. "Acrópolis de Atenas". Olimpia-Color. Atenas, 2002.

Platón. "El Banquete" OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. Buenos Aires, 1969.